

# U VIETA

*Alberto Cañas*



rei

*UVIETA*

*Alberto  
Cañas*

D. R. © Rei Centroamérica, S.A., 1995  
Apartado Postal 896-1007, San José, Costa Rica

Portada:  
Georgina García

ISBN 9977-80-027-8

La presentación y disposición en conjunto y de cada página de este libro son propiedad del editor. Queda estrictamente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier sistema, o método electrónico, incluso el fotocopiado, sin autorización escrita del editor.

Estrenada por el Teatro Universitario el 3 de octubre de 1980, en el Teatro de Bellas Artes, con el siguiente

#### REPARTO

EDUARDO'	Juan Arriaga
CHICO ARTAVIA	José Trejos
ROSALINDA,	Marietta Rodríguez
UVIETA	Luis Fernando Gómez
JOSE LUIS	Rodolfo Araya
PEDRO CUBERO	Agustín Acevedo
JUPAS	José Solano
DOÑA ELENITA	Xinia Rubie
DOÑA ISABEL	María Torres
UNA MUJER LLAMADA LORENA	Ana Poltronieri

Escenografía de *Fernando Castro*  
Arreglos musicales de *Adrián Goizueta*  
sobre un tema de *Manuel Rodríguez Caracas*

Dirección de *Lenín Garrido*  
La acción en Chico's Bar, soda, restaurante, cantina y baile sabadil de San Luis. Transcurren dos semanas cada vez entre acto y acto.

A LENÍN GARRIDO  
y JEAN MOULAERT

En 1976, mi carrera de escritor había tocado fondo: mis dos últimos libros habían sido recibidos con indiferencia, y yo era el único autor dramático costarricense excluido de los repertorios y de los multitudinarios proyectos de la Compañía Nacional de Teatro.

En eso, Jean Moulaert me pidió una obra -ojalá cómica- para el Arlequín. Y Lenín Garrido se ofreció a dirigirla. La comedia se tituló "Tarantela", y el resto es historia.

A ellos dos, que creyeron en mí, está dedicada esta obra.

## ACTO PRIMERO

*Chico Artavia, el dueño de Chico's Bar, núcleo, avispero y centro de comunicaciones de San Luis, ya pasa de los 40 años. Apenas pasa, pero por alguna razón se le comenzó a poner blanco, blanquísimo el cabello desde tiempo atrás y ya es casi nieve, cosa que va bien, según algunos, con su rostro sonrosado y coloradote de campesino de altura. Nada ocurre aquí que Chico no se entere; pero este solterón insomne es buena persona, y aun cuando comente, no cuenta. Por lo menos no cuenta lo que no debe contar. Porque ocurre que a Chico Artavia, muchos sanluisenses le hacen confidencias. Chico's Bar es, naturalmente, una cantina; que si no lo fuera, Chico no sería lo influyente que es, ni tendría el dinero que tiene depositado en la sucursal bancaria. Pero además de bar, aquello, de día y primeras horas de la noche, es soda; y los sábados la rocola se enciende y es baile. Bailongo, dicen algunas señoras puritanas, pero a Chico la palabreja no le gusta e insiste en que es baile y no bailongo. Y es que los sábados concurre a Chico's Bar gente honorable: los jóvenes*

*honorables del Liceo Sinoel Cascante, orgullo de la localidad. El bailongo, perdón, el baile, no termina muy tarde, y Chico abre su soda los domingos -como hoy-, de buena mañana, porque es costumbre, los domingos, comer helados donde Chico a la salida de misa. Y para tan refrescante costumbre, es menester que el local esté limpio y preparado, como puede observarlo cualquiera que -desde la puerta del fondo, que da a la calle- lo observe y se fije que la pista de baile está como recién encerada; que a su izquierda, donde comienza sesgado el mostrador, todo está en orden, hasta Chico frente a la caja registradora; que las mesas dispersas sufrieron no hace mucho una pasada de trapo; y que las mesas más discretas colocadas a la derecha, tienen su carpeta acabadita de colocar y siempre como nueva. Todo ello, realizado por el propio Chico Artavia, ya que sus dos saloneros tienen libres las mañanas dominicales. El observador que se ha plantado en la puerta de entrada, tras la cual se observa un rincón del parque, es Eduardo Carvajal, el Director del Liceo, educador (o docente como él dice), joven recién graduado, de cabellera y bigote hirsutos, que con paso más bien firme penetra en el recinto haciéndonos adivinar que esto que hace: buscara Chico Artavia los domingos por la mañana, es hábito y costumbre.*

EDUARDO: ¿Qué hubo, Chico, qué hay de nuevo?

CHICO: ¿Te parece poco el tortón de anoche?

EDUARDO: Feo el asunto. ¿Qué se sabe?

CHICO: Casi nada. Dice Rubén que de San José viene uno de la DIC a investigar.

EDUARDO: Y Sanabria, ¿qué? ¿Se murió?

CHICO: Muertito lo encontraron

EDUARDO: Que mis palabras no le hagan ruido, pero así iba a morir. Se lo tenía ganado. (Pausa) ¿Y la señora?

CHICO: Dicen que está gravísima en el hospital. Por lo menos, eso es lo que dice el loco de Uvieta.

EDUARDO: Ya anda ese carajo con cuentos... Pero la verdad es que si no lo sabe él, quién lo va a saber. Ese lo sabe todo.

CHICO: Además trabaja en el hospital...

EDUARDO: Aunque no trabajara... Lástima la doñita, porque buena y guapa sí estaba...

CHICO: (Reflexivo) Una real hembra...

EDUARDO: Para mí que fue ella la que le pegó el tiro al marido...

CHICO: Claro, eso es lo que uno esperaría. ¿Pero cómo te explicás que ella también...? Tiene que ser alguno... un asaltante por ejemplo, que les disparó a los dos...

EDUARDO: Pero a mí me dijeron que las balas son de distinto calibre.

CHICO: Tenés razón. El animal de Uvieta, que de todo se entera, dice que sólo la bala que le dio a la señora es del revólver que encontraron. La otra arma desapareció. Sí, tenés razón, se me

había olvidado. La teoría del asaltante no sirve.

EDUARDO: Entonces, lo que parece es que Sanabria le pegó el tiro a su esposa, muy bien, pero ¿quién mató a Sanabria?

CHICO: ¿Pues no te digo que viene uno de la DIC a investigar? Porque lo que es con la gente que hay aquí no vamos a averiguar nunca nada.

EDUARDO: ¡Pobre Sanabria! Era un gran cabrón, pero que Dios lo perdone.

CHICO: (*Reflexivo*) Un tipo jodido, es cierto... En fin, que en paz descanse. (*Sin dirigirse a Eduardo; como para sí mismo*). Yo lo que nunca me expliqué

es cómo una señora como esa, tan guapa, tan simpática, tan atractiva, tan joven... porque ¿qué tendrá: unos 30 años? se lo aguantó tanto tiempo.

EDUARDO: Vos sabés: un tipo fornido, elegantón, inteligente... porque inteligente sí era. Si no, no habría llegado a Gerente de la sucursal del Banco... Su gracia tendría escondida.

CHICO: Muy escondida, porque qué bandido más antipático.

EDUARDO: Medio matón de paso.

CHICO: Yo no sé. Ustedes los maestros siempre creen que todo el mundo es matón. (*Eduardo se le queda mirando extrañado*). Sí, les meten a los muchachos

en la cabeza la idea de que sean mansitos y buenos, y todo el que se planta y pega una pescozada bier puesta, es un matón. No seas pendejo EDUARDO: Bueno, ¿Sanabria era matón o no era matón? Acordate cuando se metí ¿unos tragos y se venía para acá, aquí mismo, a ver a quién le alzaba e traído. Y todo el mundo se le corría ¿cierto o no es cierto?

CHICO: Vos sabés no es cuestión de darse de golpes con el gerente del Banco Tampoco hay que ser idiota.

EDUARDO: Ah, ¿entonces por eso es que no lo mandabas a sacar con la guardia?

CHICO: (*Pensativo*) A lo mejor... Hay que evitar escándalos...

EDUARDO: ¿Y el escándalo que él hacía?

CHICO: No jodás, no era para tanto. Era preferible llamar a la señora y ella venía por él.

EDUARDO: A vos te ha gustado la mujer esa...

CHICO: Eh... ¿y a quién no? lo que pasa es que a nadie le ha dado pelota nunca. Y con ese marido...

EDUARDO: Ojalá se salve.

CHICO: Uvieta dice que está gravísima, que los médicos no creen que se pueda salvar...

EDUARDO: Eso sería una vaina.

CHICO: Y ya te imaginás cómo lo dice, porque ese carajo sí que de veras está

enamorado de ella. ¿No te has fijado cómo la sigue, como un perrillo...?  
EDUARDO: Pero ella ni cuenta se da.  
CHICO: ¡diay, ¿qué cuenta va a darse? No lo alza a ver... A mí me da lástima, porque es un buen tipo.  
EDUARDO: Pero medio loco. ¿Cómo crees que una mujer como esa, de San José, lo va a tomar en serio?

CHICO: No se trata de eso. Es que en serio, rentemente se está recuperando. (*Se lo que se dice en serio, no puede tomarlo nadie. (Mirando hacia la puerta) Como que ahí te buscan. (Ha entrado Rosalinda, joven campesina, bien vestida, pálida, con cierto aspecto de debilidad; y, convencida de que nadie la ha visto entrar ni la verá nunca, se ha apresurado a sentarse en uno de los que llaman reservados. Chico la ha saludado con un gesto. Eduardo se vuelve, la mira y corre a sentarse con ella)*)

EDUARDO: ¿Vos aquí?  
ROSALINDA: (*Nerviosa*) Sí, sabía que aquí te podía encontrar, y vine.  
EDUARDO: Pero... (*Duda*) ¿Es que pasa algo?  
ROSALINDA: Sí.  
EDUARDO: ¿Qué sucede? No me digás que...  
ROSALINDA: No sé, no sé. Pasó la noche muy mal. Como te dije, creímos que ya estaba en las últimas...  
EDUARDO: Bueno, el doctor había dicho que

probablemente de hoy no pasaba...  
ROSALINDA: Sí. Toda la familia estaba reunida...  
EDUARDO: ¿Y qué pasó?  
ROSALINDA: Que como a las ocho abrió los ojos y dijo que se sentía mejor y que le trajeran café...  
EDUARDO: ¿Y el doctor?  
ROSALINDA: Lo llamamos... Y dice que no puede explicarse el asunto, pero que aparentemente se está recuperando. (*Se suelta a llorar*). Y ya yo no aguanto más, Eduardo, ya yo no aguanto más...  
EDUARDO: No te pongás así, mi amor... Tengamos paciencia.  
ROSALINDA: Es que son muchos años de vivir así, como esclavizada... Yo no me casé con él por gusto, vos lo sabés, fueron cosas de Mamá...  
EDUARDO: Muchas veces te he pedido que lo abandonés, que nos vayamos juntos.  
ROSALINDA: No, Eduardo, eso ya te he dicho que no puedo. Es cuestión de religión. Me casé con él, o me casaron, y tengo la obligación...  
EDUARDO: ¿De ser desgraciada?  
ROSALINDA: De seguir con él hasta el final. Así me criaron, Eduardo. No puedo cambiar.  
EDUARDO: ¿Ni siquiera por amor?  
ROSALINDA: ¿Por amor? ¿Por amor? Vos sabés lo mucho que te quiero... Y que Dios me perdone, pero he estado esperando el momento de... (*Duda, titubea, no*

*encuentra la palabra, Eduardo guarda silencio)* de quedar libre...

- EDUARDO: Y yo... bueno, te seguiré esperando...
- ROSALINDA: ¿Hasta cuándo?
- EDUARDO: Hasta el fin del mundo si querés ...  
(Pausa) Vámonos, Rosalinda, vámonos de aquí, a donde nadie nos conozca...
- ROSALINDA: Ay, si fuera eso, Eduardo, si fuera miedo a la gente, a las lenguas. Pero ya te lo he dicho y lo repito: es una cuestión de conciencia, entendeme.
- EDUARDO: No te puedo entender.
- ROSALINDA: Porque vos no sos de aquí, vos sos de la ciudad...
- EDUARDO: ¿Importa mucho?
- ROSALINDA: Ya ves que sí...
- EDUARDO: (Vacilando) No entiendo, te juro que no entiendo. Aquí estamos, nos queremos, y simplemente porque hay un prejuicio de por medio...
- ROSALINDA: Es la vida; vos no comprendés la vida de un pueblo, la educación que yo recibí...
- EDUARDO: Y vamos a perder lo mejor de la vida, cuando podríamos ser felices.
- ROSALINDA: Sí, Eduardo. Acordate: todo lo teníamos listo.
- EDUARDO: Sí: en cuanto se muriera don Rosendo nos íbamos a casar... Pero ahora, ves, parece que no se va a morir...
- ROSALINDA: (Meditabunda) Es raro que algo tan importante, tan bello, dependa de la

muerte..

- EDUARDO: La vida es misteriosa...
- ROSALINDA: La vida sí, pero la muerte...
- EDUARDO: La muerte es misteriosa. Vos sos misteriosa. Yo soy misterioso. Rosalinda: una de las cosas que tenés que aprenderte es que estamos rodeados de cosas que no entendemos, y que lo mejor que nos puede pasar a veces es no entenderlas... ¿Por qué me querés? ¿Por qué te quiero yo? ¿Por qué este amor se frustra todos los días? Tal vez si entendiéramos esas cosas perderíamos las ilusiones...
- ROSALINDA: Entre las cosas que no entiendo está eso que me decís.
- EDUARDO: Mejor, no procurés entenderlo. Yo soy algo así como lo que llaman un espíritu romántico. ¿Sabés lo que es un espíritu romántico?
- ROSALINDA: Bueno... supongo...
- EDUARDO: Ya. Lo sabés aunque no lo entendás.
- ROSALINDA: Yo sé que me querés. Yo sé que te quiero. Entonces, según vos, no debo empeñarme en entender lo que pasa...
- EDUARDO: Exacto. Quereme. Yo a veces me impaciento, juro, maldigo y echo sapos por la boca contra ese viejo que no se decide a morir y que impide que te casés conmigo... Pero a la larga somos jóvenes y podemos todavía esperar. Te lo digo sinceramente así,

y no me creás cuando te digo otras cosas distintas y opuestas. (*Le toma el rostro entre las manos*). Te quiero mucho, Rosalinda. Aunque el viejo Rosendo no se muera. Y ahora, andate, que te deben estar esperando. ¿Querés que te acompañe?

ROSALINDA: No. Prefiero irme sola. Y mejor salgo por la puerta de atrás. (*Se va apresurada; Eduardo se dirige al bar desde donde Chico ha contemplado y acaso escuchado la escena*).

CHICO: Y... ¿qué pasa?

EDUARDO: ¿No oíste? Que el viejo don Rosendo amaneció bien.

CHICO: Pero si lo que tiene es cáncer...

EDUARDO: ¡Carajo, amaneció bien! (*Hace ademán de irse*).

CHICO: ¿Qué? ¿Te vas?

EDUARDO: Nada hago aquí. (*Al salirse cruza con Uvieta que entra; es hombre de edad indefinida, de aspecto un poco iluminado, con algún detalle extravagante en su atuendo*) ¿Qué hubo, Uvieta?

UVIETA: Salud, Profesor...

CHICO: ¿Qué hay Uvieta? (*Como quien dice un santo y seña*) ¿Lo mismo?

UVIETA: Lo mismo: cigarros y fósforos...

CHICO: (*Se los da; Uvieta paga*) ¿Qué te pasa que estás tan callado? ¿Es que hoy no está San Luis lleno de pájaros? ¿Es que la de hoy no es una mañana

para encumbrar papelotes?

UVIETA: (*Reflexivo*) San Luis es siempre un pueblo lleno de pájaros aunque muchos no quieran oírlos cantar. Y todas las mañanas de San Luis, todas las mañanas de San Luis (*la repetición es muy subrayada*), son para que todos salgamos a los potreros a encumbrar papelotes. Lo que sucede es que hoy no está el día para proclamarlo. El día de hoy es nefasto.

CHICO: (*Comprensivo*) Claro, yo sé lo que te pasa... La señora...

UVIETA: Está grave, Chico

CHICO: ¿Muy grave?

UVIETA: Gravísima. Los doctores están preocupados... No esperan que se salve.

CHICO: ¿Quién le pegó el tiro, lo sabés vos?

UVIETA: Él marido, Chico, el marido. ¿Quién si no? Era un hombre perverso, un hombre nefasto que tenía que morir de mala muerte. Yo ahora lo sé.

CHICO: Uvieta, vos nunca te has expresado mal de la gente.

UVIETA: Yo nunca hablo mal de la gente, es cierto. La gente es buena. Pero hay seres que nacen atravesados por sombras, condenados a morir violentamente, y Sanabria era uno. Yo lo sé. De pronto hay un día que lo sé. Y esto lo supe.

CHICO: (*Jovial*) No te pongás solemne. Mirá,

aquí todos te hemos molestado diciéndote que andás detrás de la señora como un perrillo faldero, porque estás enamorado de ella. Es una broma, claro.

UVIETA: Una broma, sí. Pero mirá una cosa, Chico: yo sé que estoy enamorado de ella. (*Reflexiona*) Es una diosa. ¿No te has dado cuenta? Yo no podría resistir que se muriera.

CHICO: (*Bromeando*) Para eso trabajás en el hospital, para ayudar a que se salve... Además acordate de una cosa: que si aquí en el pueblo te llamamos Uvieta, es porque te reconocemos poderes sobrenaturales.

UVIETA: Hmmmm, sería lindo tenerlos. Entonces, yo diría...

CHICO: Lo primero que habrías dicho sería: "Cristina Sanabria, quiérame".

UVIETA: (*Reproduciendo la entonación de Chico*) Cristina Sanabria, quiérame.

CHICO: Y esta mañana: "Cristina Sanabria, no se muera".

UVIETA: Cristina Sanabria, no se muera. Lo he dicho toda la mañana. Lo voy a seguir diciendo. No se muera, no se muera, no se muera. Yo sé que todos en el pueblo hacen chacota de esto. ¿Cómo va semejante mujer a hacerle caso al loco de Uvieta, al loco de Noé Redondo Muñoz, conocido como Uvieta, que

es un hombre infeliz (*pausa*) pero bueno? ¿Te das cuenta? Bueno. Porque yo soy bueno, Chico. No le deseo mal a nadie.

CHICO: Ni siquiera a mí, que te jodo tanto. (*Hay un silencio*) De veras, Uvieta, yo te acompaño en la preocupación, y te entiendo. Yo también le digo a la señora que no se muera, que no se muera.

UVIETA: Hay un albur, Chico, pero la verdad es que yo no creo en albures. A lo mejor no se muere, yo qué sé. Me tengo algo entre pecho y espalda...

CHICO: ¿Qué es?

UVIETA: No te lo puedo decir. Tal vez otro día. Tal vez más tarde, yo no sé. Y me voy, que tengo que ir a casa y después al Hospital. (*Se marcha. Entra José Luis, Agente de la DIC*)

JOSE LUIS: ¡Chico Artavia, cuántos años de no verte!

CHICO: ¡Chepe Luis! ¿En qué carajos andás por aquí?

JOSE LUIS: ¿No sabés? Soy de la DIC y vengo a hacer una investigación. Imaginate, domingo y todo me mandaron a averiguar lo que pasó aquí anoche.

CHICO: Sí, mataron al gerente de la sucursal del Banco e hirieron a la esposa.

JOSE LUIS: ¿Y vos qué sabés? Porque con vos empieza la investigación.

CHICO: Esperate un momento. ¿Desde cuándo estás en la DIC?

JOSE LUIS: Desde el cambio de gobierno.

CHICO: Y cuando vuelva a cambiar el gobierno, te dedicás a la delincuencia...

JOSE LUIS: No jodás. Me dedico a los negocios de la calle.

CHICO: Al borde de la ley.

JOSE LUIS: No. Yo soy honrado y vos lo sabés...

CHICO: Pero cuando hay que tirarse a alguien...

JOSE LUIS: A vos no.

CHICO: Bueno, a mí no. Sólo que a veces te presto plata y no me la pagás.

JOSE LUIS: De eso hace muchos años.

CHICO: Ni tantos. Tres.

JOSE LUIS: ¿Tres años? Son un huevazal de años. Pero te la voy a pagar. Total, doscientos cincuenta pesos no están pegados del cielo.

CHICO: Para vos, no.

JOSE LUIS: Y para vos tampoco. Vos sos rico, no me vengás con vainas.

CHICO: Pero me los vas a pagar. (*Pausa. Filosófico*) Algún día.

JOSE LUIS: Algún día. Te lo juro. Es que a veces tiene uno rachas de tuerce.

CHICO: Sí, cuando cambia el gobierno. Pero cuando vuelve a cambiar termina la racha y llega la hora de pagar las deudas.

JOSE LUIS: Las deudas son sagradas.

CHICO: Ya no hay nada sagrado. Ni las deudas.

JOSE LUIS: Bueno, contame lo que pasó aquí con este señor... (*Busca una libretita*) Sanabria, eso es. Juan Ramón Sanabria, egresado de economía, casado, empleado bancario. (*Cierra la libretita*) Buena persona, según todas las informaciones.

CHICO: Sí. Hombre correcto, entero, lo que vos querás. Pero el cabrón más antipático que se ha parado en este pueblo. Un tipo creído, orgulloso, prepotente... (*Recuerda su diálogo anterior con Eduardo*) Por lo menos, así lo calificaba el director del colegio.

JOSE LUIS: ¿Tenía enemigos?

CHICO: Yo no lo conocí ninguno. N nadie le caía bien, pero de ahí no pasaba; enemigos no tenía. Manejaba bien el banco, entendía su oficio, atendía bien a la gente... Pero no se mezclaba con nadie. Fuerero hasta el último día.

JOSE LUIS: Eso puede haberle servido. Un gerente de Banco no tiene que ser muy amigo de nadie, dicen.

CHICO: Puede ser.

JOSE LUIS: Entonces no parece que se haya tratado de un enemigo...

CHICO: Existe la teoría de un asalto, hampones de San José que...

JOSE LUIS: Los hampones habrían preferido asaltar el Banco que la casa del Gerente, ¿no

te parece? Por lo menos es lo que yo haría.

CHICO: Es cierto. Además la esposa apareció gravemente herida. Y las balas son de distinto calibre. No fue la misma persona la que les disparó a los dos.

JOSE LUIS: ¿No se han visto por aquí tipos sospechosos, hampones...?

CHICO: No, que yo sepa.

JOSE LUIS: ¿Le puede haber disparado él a ella? ¿O ella a él?

CHICO: Podría ser. Sólo un revólver apareció: el que le disparó a ella.

JOSE LUIS: Ese podría ser el revólver del señor Sanabria.

CHICO: A vos te toca averiguarlo. Yo no sé nada de eso.

JOSE LUIS: Hmmm. ¿Había discordias o pleitos entre ellos?

CHICO: Que yo sepa... Ella parecía como muy amarrada a él. Debe de haber sido un marido muy exigente. Medio tirano, digo yo.

JOSE LUIS: Hmmm. ¿Podría entonces ser una discusión, una disputa que se agrió? Sí, podría ser. Pero entonces ¿qué se hizo el arma que le disparó a él? ¿Han buscado bien?

CHICO: Supongo que sí. Yo cómo voy a saber.

JOSE LUIS: A la puta, lo que en este pueblo no sepás vos, ¿quién lo va a saber?

CHICO: Pues ya ves, aquí muchas veces, para

enterarme, tengo que preguntarle a otros. Aquí sí hay un tipo que se entera de todo. Pero en este caso yo creo que nada sabe, porque acaba de estar aquí y no dijo nada importante.

JOSE LUIS: ¿Quién es?

CHICO: Un carajo medio loco que trabaja en el hospital. Noé Redondo. Le llaman Uvieta.

JOSE LUIS: ¿Uvieta?

CHICO: Una vez, cuando estaba chiquillo, lo pusieron en una asamblea de la escuela a contar el cuento de Uvieta, y le quedó el apodo para toda la vida.

JOSE LUIS: ¿Y qué hace?

CHICO: Trabaja en el hospital, ya te dije. Es medio loco, habla rarísimo, a veces anda hablando solo. Nadie lo toma en serio, pero de todo se entera. Además, se pega unas enamoradas brutales de las mujeres más lindas, pero ninguna le ha hecho caso nunca.

JOSE LUIS: ¿Soltero?

CHICO: Solterísimo. De la última que se enamoró fue de la mujer de Sanabria. Tal vez por eso esté enterado de algo, aunque ya te digo, aquí estuvo y nada dijo.

JOSE LUIS: Y la señora, ¿le daba pelota?

CHICO: ¿Estás loco? Esperate que lo conozcás. Y ella es una real hembra. Pero él le arreglaba el jardín, y a veces le manejaba

el carro a Sanabria; así, para camaronear.

JOSE LUIS: Entonces puede haber oído algo, digo, en la casa...

CHICO: No me extrañaría. Siempre para la oreja. Pero nunca lo he oído contar nada de la casa de los Sanabria.

JOSE LUIS: *(Reflexiona)* Hmmm. Me parece que sería mejor interrogarlo.

CHICO: Ahorita creo que lo encontrarás en su casa. Mirá *(va con él a la puerta)*: cogés de aquí doscientas varas al norte, después del parque, de allí cruzás al oeste como unas doscientas cincuenta. Después de un lote vacío, a mano izquierda, hay una casita rosada con verde, esa es. No te perdés. Pero date ligero, porque después se mete en el hospital y ya ahí no lo encontrás. Volvé después y contame.

JOSE LUIS: Claro, y andá alistándome almuerzo.

CHICO: ¿Te lo agrego a los doscientos cincuenta pesos?

JOSE LUIS: Como querás. *(Se va José Luis, pero antes ha visto entrar a Pedro Cubero y Jupas, con aspecto de hampón capitalino)*.

PEDRO: ¿Nos traes dos cervezas, Chico?

CHICO: Ya van.  
*(Pedro y Jupas se sientan. Pero no parecen dispuestos a hablar mientras Chico no les lleve las cervezas. Cuando*

*las tienen servidas, Jupas toma la palabra)*.

JUPAS: Yo lo siento mucho, Cubero, pero la cosa urge. Yo me limito a traer el recado.

CUBERO: Pero es que la torta es muy grande...

JUPAS: Yo en eso no me meto. Sólo tengo que advertirte que o pagás o te lleva el carajo.

CUBERO: Pero ¿de dónde quieren que la coja?

JUPAS: Tu padrastro tiene plata. Todo el mundo sabe que la tiene toda.

CUBERO: Y ¿qué quieren? ¿que se la robe?

JUPAS: Eso es cosa tuya.

CUBERO: Además no la tiene en la casa. Mi roquita es la que podría ayudarme, pero el cabrón viejo no le afloja. Ya lo intenté. Deciles que me den tiempo. Yo les prometo que en cuanto se muera les pago hasta los intereses.

JUPAS: ¿Y vos crees que te van a esperar diez o quince años? Vos no sabés la gente con que te metiste. Es gente muy jodida.

CUBERO: Ayudame vos.

JUPAS: Yo soy sólo intermediario. Yo estoy agradecido con vos porque una vez me ayudaste, cuando la fuga. Pero ahora ya todos se enteraron de quiénes y de que tenés plata.

CUBERO: Yo no tengo, es el viejo.

JUPAS: Ellos dicen que vos. Vos sabés, no se

hacen diferencias. En tu familia hay plata, y si no la agarrás es porque sos muy pendejo.

CUBERO: ¿Pero cómo querés que la agarre? El viejo me tiene desconfianza, dice que a un delincuente no le ayuda aunque sea hijastro suyo. Y mi roquita lo que hace es sufrir...

JUPAS: Jodido el viejo ese.

CUBERO: Jodidísimo.

JUPAS: *(Muy solemne, tras grave reflexión)*  
Habría que joderlo...

CUBERO: ¿Qué decís?

JUPAS: Que habría que joderlo. Así tu roquita descansa y hereda. Y vos salís de enredos y arreglás tus tortas...

CUBERO: Puta, Jupas, es que lo que me proponés es muy grande.

JUPAS: Vos sabés, tal vez antes no te habías metido en una tan gorda, pero ya ves, a todo chancho le llega el día...

CUBERO: Es que es el esposo de mi roquita... Y mal que bien el que me crió.

JUPAS: ¡diay, chavaló, la vida es muy dura. Ahora, si te aflojás, yo me puedo ofrecer a cooperar. Pero es que si no pagás, al que joden es a vos. Y una vez que uno está volando espalda, sí que para nada le sirve nada. Pensalo. Esos cabrones te pueden joder. Y mejor salvar al pellejo propio que cuidar el ajeno, digo yo...

*(Siguen conversando. Entra Uvieta exaltado)*

UVIETA: ¡Chico, Chico, vení para contarte algo! Puta, Chico, lo que acaba de pasar. *(Al ver a Pedro y Jupas se refrena)* Pero mejor aquí no, que ahí está Pedro Cubero con alguien que también tiene sombras atravesadas.

CHICO: No seas idiota, hombre, ¿qué es lo que pasa?

UVIETA: *(Sigiloso, en el bar)* Servime un trago antes.

CHICO: *(Se lo sirve)*. Tomá. Cortesía de la casa. Y ahora contame: ¿qué es lo que sucede? ¿Se salvó la señora? *(Pedro y Jupas se van sin pagar)*.

UVIETA: No bromiés con esas cosas. Mira, es algo muy raro. Vos sabés que como a mí me dicen Uvieta, yo tengo en el patio de casa un palo de uvas.

CHICO: De mangos, hombre. ¡Acaso las uvas crecen en palo!

UVIETA: Está bien, de mangos, pero yo siempre digo que de uvas. Esta madrugada, cuando me llamaron del hospital para la emergencia, me estaba bañando, cuando por la ventana veo una vieja trepada en el palo comiéndose un mango coloradito que yo tenía vigiado para mí. Me puse como el carajo de bravo. No me iba a poner a perseguir a la vieja, porque tenía precisa de

llegar al hospital, pero con ganas de agarrarla cuando volviera, dije: "Que esa vieja no se pueda apear del palo de mango". Pues vuelvo a la casa ahora, y ahí estaba. "¿Qué le pasa?" le dije. "Que no me puedo apear del palo", me contestó. Y entonces pensé: "Si le digo que se baje en la de menos se baja. Y si no se lo digo, a lo mejor no se puede bajar, como en el cuento". En eso llega ese chavalito de la DIC que me mandaste, que venía a interrogarme, y se me ocurrió hacer la prueba. Le pregunté si no quería comerse un mango y lo convidé a treparse. Una cosa rara, pareció que no había visto a la vieja. Se trepó al palo y yo dije: "Que no se pueda bajar". Y después le dije que ya estaba listo para contestarle sus preguntas, y me contestó que sí, pero que no se podía bajar del palo... ¿Ahora qué hago, Chico?

CHICO: Pues por lo pronto, bajar del palo al de la DIC.

UVIETA: ¿Y a la vieja?

CHICO: A la vieja dejala ahí, que a lo mejor sirve de algo. Uno qué sabe.

TELON

## ACTO SEGUNDO

*Han pasado dos semanas, y otra vez es mañana de domingo. Chico Artavia terminó de arreglar su negocio para los clientes de la salida de misa, cuando -exactamente como dos domingos antes- le aparece el director del Liceo Sinoel Cascante.*

CHICO: ¿Qué hubo, profesor?

EDUARDO: Nada de nuevo... (Duda) Sí, algo de nuevo.

CHICO: ¿Dónde?

EDUARDO: En la misa.

CHICO: Ah, vos vas a misa... A mí me habían dicho que los jóvenes de la capital no van a misa. Y menos, cuando son graduados universitarios.

EDUARDO: Pues hombre, ya ves que yo sí.

CHICO: Ah, vos sos lo que llaman "distinto".

EDUARDO: Vieras que no. Simplemente... voy a misa ¿Y eso qué importa?

CHICO: No, a mí no me importa. Yo también, cuando puedo, a veces voy. Lo que

pasa es que francamente, soplarse esos sermones...

EDUARDO: Del sermón de hoy te iba a hablar. Eso es lo que hay de nuevo.

CHICO: ¿Qué dijo el Padre?

EDUARDO: No es lo que dijo, es lo que contó. ¿Vos te habías dado cuenta de que desde que enterramos al difunto Sanabria en San Luis no se ha muerto nadie?

CHICO: Bueno, no sé, uno no conoce a todo el mundo. Tal vez en los distritos... en Bajo de Carballo, que no traen los muertos aquí sino que los llevan a Santa Lucía que les queda más cerca.

EDUARDO: No, no, es cierto, hace quince días que aquí nadie se muere... Fijate, la señora de Sanabria, que no le daban ni un día de vida, ahí está, en un ser. Es cierto, en el hospital no se ha vuelto a morir nadie.

CHICO: Buenos médicos que tiene el Seguro...

EDUARDO: No hagás guasa.

CHICO: No, si no hago guasa. Es que me parece un casualidad muy grande. Al fin y al cabo este pueblo es pequeño, y no es cosa de que se tenga que morir la gente todos los días.

EDUARDO: Sí, pero yo me he puesto a pensar. Y fijate en estos detalles: el sábado pasado chocó Rubén en la motocicleta contra un camión, y se deshizo la motocicleta,

pero a Rubén no le pasó nada. Y todo el mundo dice que se debía haber matado...

CHICO: ¿Y eso qué prueba?

EDUARDO: ¿Y lo del jueves? ¿Cuántos tiros le metieron al viejo ese desgraciado de Chepe Mico? Y nada le pasó, no tuvieron ni que hospitalizarlo...

CHICO: Yerba mala nunca muere, dicen.

EDUARDO: ¿Y qué me decís del caso de don Rosendo?

CHICO: Tu... ¿cómo es la cosa: suegro?

EDUARDO: Ah, no jodás.

CHICO: Bueno, pues ni pariente, pero se comenta que el día que se muera pensás casarte con la viuda...

EDUARDO: Eso es otra cosa.

CHICO: Es la misma. Porque se iba a morir y no se ha muerto... Ahora va a resultar que vos sos el de la culpa de que aquí no se muera nadie... Son esas maldiciones que le echan a la gente. De tanto desearle vos la muerte a don Rosendo, te castigó Dios y don Rosendo no se muere...

EDUARDO: No hagás bromas, Chico.

CHICO: No es broma, carajo. Lo que pasa es que seguro a Dios se le fue la mano, y por castigarte a vos favoreció a todo el mundo y ahora aquí no se va a volver a morir nadie, hasta que vos no renunciés a casarte con Rosalinda.

EDUARDO: (*De pronto se pone melancólico*) De eso me gusta hablar, pero en serio. Se muera o no se muera don Rosendo, yo la quiero.

CHICO: Si querés que hablemos en serio, hablemos en serio. ¿Vos la querés, Profesor, de verdad? No es que yo sea protector de la muchacha, pero la conozco casi desde que nació. Y si ha habido alguien torcido es ella. Desde chiquitilla... La peor tuerce fue que la casaran con don Rosendo... Pero si cuando el viejo se muera, y ella algo herede, va a seguir el tuerce, eso sí que sería vaina...

EDUARDO: ¿Qué me querés decir?

CHICO: Pues ya que me has dado un poco de intervención en este asunto, ahora me siento con derecho a preguntarte sí de veras... si no será una de esas cosas que tantas veces se han visto, del tipo de la ciudad que llega aquí, y se aburre, y como no tiene nada que hacer, de pronto se encapricha con la primera muchacha bonita que se le pone de a tiro, y no es más que para traerle desgracia...

EDUARDO: ¿Vos crees que si eso fuera así, me habría encaprichado con una mujer casada a la que no tengo chance de ver nunca, y a la que vos sabés que he respetado...? No es que aquí abundan,

pero una muchacha soltera... hasta en el colegio la pude haber encontrado...

CHICO: Me dan ganas de creerte...

EDUARDO: Tal vez es lo contrario de lo que crees: que llegué aquí aburrido, pero aburrido de lo que había dejado, y al llegar aquí me encontré con esta flor de monte...

CHICO: Un día te oí llamarla así: Flor de Monte.

EDUARDO: Yo sé que cuando podés nos orejeás lo que hablamos. Pero por eso mismo deberías saber que voy en serio, y con toda honradez, y que lo que quiero es casarme con ella... y ella no cree en el divorcio, no sabe lo que es... Y como yo soy un espíritu romántico...

CHICO: En dos platos: el viejo no se muere, que es de lo que estábamos hablando.

EDUARDO: El viejo no se muere, pero se iba a morir, estaba desahuciado. Sobre este pueblo ha caído una lluvia esplendorosa de salud, y eso no es un castigo de Dios, Chico.

CHICO: ¿Entonces qué es: brujería?

EDUARDO: Ah, pues yo no sé. ¿Vos has sabido de algún caso parecido aquí?

CHICO: ¿De embrujamiento? Bueno, está la historia aquella que cuentan del ruletero que embrujó a una muchacha durante unas Fiestas Patronales, pero de eso hace como veinte años, y no se sabe.

Yo creo que era un tipo labioso, y que lo demás lo inventaron.

*(Entra Uvieta)*

UVIETA: Salud, señores.

EDUARDO

Y CHICO: *(Simultáneamente)* ¡Salud, noble Uvieta!

CHICO: Bonito día.

UVIETA: Como para irse a los potreros a encumbrar papelotes...

CHICO: Como todos los días de San Luis...

UVIETA: ...de este San Luis de mis pecados.

EDUARDO: Amén.

CHICO: ¿Lo mismo?

UVIETA: Lo mismo: cigarros y fósforos.

CHICO: Explicame una cosa, Uvieta: ¿por qué siempre comprás cigarros y fósforos? Las cajas de fósforos tienen el doble de fósforos que los paquetes de cigarros. Así que una caja de fósforos debería servirte para dos paquetes de cigarros. Y sin embargo, siempre se te acaban al mismo tiempo los cigarros y los fósforos.

UVIETA: Muy fácil. Yo enciendo los cigarros dos veces.

EDUARDO: ¿Por qué?

UVIETA: Para que se me acaben al mismo tiempo los cigarros y los fósforos. Es una manera de ordenar el mundo. De que el mundo sea perfecto.

EDUARDO: Matemático.

UVIETA: Simétrico, más bien. *(Enciende un*

*cigarrillo, y luego un fósforo adicional que tira)*. Sería muy incómodo, muy entraboso, cada vez que necesito cigarros ponerme a averiguar y registrarme las bolsas para ver si necesito también fósforos... *(Hace ademán de irse)*.

CHICO: Esperate, no te vayás, que falta lo más importante.

UVIETA: *(Deteniéndose)* ¿De qué se trata?

CHICO: ¿Es verdad que en el hospital hace quince días no se muere nadie?

UVIETA: Verdad como una iglesia, como un palo de cas.

CHICO: *(Malicioso)* Decime una cosa, Uvieta: ¿vos por casualidad no sabés a qué se debe eso?

UVIETA: *(Como tomado por sorpresa)* ¿Yo? ¿Y por qué yo, Chico?

CHICO: Bueno, se me ocurrió; como vos a veces sabés más de la cuenta, y sabés cosas que no sabe nadie... Y además estás metido en el Hospital... Los médicos ¿qué dicen?

UVIETA: Están contentísimos.

EDUARDO: En realidad, eso les levanta la moral profesional, si consiguen mantener el record un tiempo más.

CHICO: A mí no me extrañaría que lo mantuvieran.

UVIETA: *(Sorprendido)* ¿Por qué?

CHICO: Hombre, porque son muy buenos médicos, y a vos te consta...

UVIETA: ¿A mí? Sí, a mí me consta.  
*(Entra Jupas, violentamente seguido por José Luis, que finalmente lo alcanza y le aplica por detrás una llave).*

CHICO: ¿Qué pasa?

JOSE LUIS: Este hampón, que se me quiso escapar...  
*(Eduardo y Uvieta se han acercado; José Luis presume una solidaridad y lentamente afloja la presión física sobre Jupas).*

JUPAS: Nada he hecho, ¿por qué me vas a detener?

JOSE LUIS: Por sospechas... Oíme aquí delante de testigos. ¿Crees que no te vi aquí mismo en este bar al día siguiente del asesinato de Sanabria? (A Chico) Vos también lo viste. Lo que pasa es que no sabés de quién se trata. ¿Ustedes nunca han oído hablar de Jupas, del célebre Jupas, del macabro Jupas Badilla, antisocial y prófugo de la justicia?

JUPAS: Mentira, estoy limpio. La última la cumplí.

JOSE LUIS: ¡Qué vas a estar limpio nunca! Si no hay asalto ni robo en que no andés mezclado, y de esto van como doce años... ¿Qué andabas haciendo en San Luis hoy hace quince días? ¿Dónde habías pasado la noche?

JUPAS: Esa noche yo había dormido en Alajuela. El domingo que vos me viste aquí acababa de llegar.

JOSE LUIS: ¿Qué andabas haciendo?  
*(Es obvia la fascinación que esta escena de película policíaca tiene para Uvieta, ChicoArtavia y Eduardo, que no pierden palabra y parecen comentar con la mirada).*

JUPAS: Vine a visitar a un amigo...

JOSE LUIS: ¿Cuál amigo? Y mejor no lo digás porque te puede comprometer... Aquí no estabas solo ese domingo... ¿Ustedes recuerdan con quién estaba? Yo lo sé, pero es bueno que alguno de ustedes lo diga. A ver vos, Chico ¿quién era el que estaba con este hampón el otro domingo aquí en tu soda?

CHICO: *(Trata de recordar)* Bueno, yo creo que era Pedro Cubero...

JOSE LUIS: *(A los otros)* ¿Y quién es Pedro Cubero? Yo casi lo sé, pero necesito que ustedes me lo confirmen. ¿Cuál es la relación que existe entre Pedro Cubero y este señor don José Ruiz...

UVIETA: *(Sin poderlo evitar)*... Chepe Mico...

JOSE LUIS: *(Impertérrito)* Eso, don José Ruiz, conocido por mal nombre como Chepe Mico...

EDUARDO: *(Feliz de poder aportar algo)* Bueno, yo entiendo que Pedro Cubero es hijastro de don Chepe Ruiz...

CHICO: *(Por divertirse)... Mico.*  
 JOSE LUIS: Y el jueves pasado, a don Chepe Ruiz...  
 CHICO: ...Mico.  
 JOSE LUIS: *(Inalterable)* A don Chepe Ruiz le dispararon...  
 UVIETA: *(Orondo)* Pero nada le sucedió. Al hospital lo llevaron con un hueco en el pecho que ni le sangraba, y se fue para su casa a pie.  
 JOSE LUIS: Fue un intento de homicidio. ¿Me vas a decir, Jupas, que vos no tuviste nada que ver con este asunto?  
 JUPAS: Pruébemelo. Ya dije que estoy limpio.  
 JOSE LUIS: ¿Qué tramabas con Pedro Cubero aquella mañana?  
 JUPAS: *(A los otros)* Sírvanme ustedes de testigos. Yo vine a San Luis el domingo antepasado a avisarle a Pedro Cubero que corría peligro.  
 JOSE LUIS: *(Cada vez más televisable)* ¿Qué clase de peligro?  
 JUPAS: Bueno, yo conozco a Cubero y algún favor le debo. Por eso vine a avisarle cuando supe que se había metido en un enredo con una gente muy peligrosa...  
 JOSE LUIS: ¿Con quiénes?  
 JUPAS: Con el Chichas Ortiz.  
 JOSE LUIS: ¿Quién es el Chichas Ortiz?  
 JUPAS: Un nica muy peligroso.  
 JOSE LUIS: Mentira. No existe ningún nica que se llame Chichas Ortiz. Yo me sé de

memoria la lista de los fichados...  
 Está bien. Seguí con la historia.  
 JUPAS: Yo supe que el Chichas Ortiz y los suyos le tenían que cobrar algo a Cubero. Y el aviso que yo le traje es que los del Chichas podían joderlo, sí...  
 JOSE LUIS: ¿Si qué? ¿Si no les paga algo que les debía?  
 JUPAS: *(Atemorizado)* Déjenme explicar. Yo oí al Chichas Ortiz comentar...  
 JOSE LUIS: *(Insistente)* El Chichas Ortiz no existe.  
 JUPAS: Yo lo oí comentar con otro, que no les iba a quedar más remedio que joder a Cubero. Nada más. Entonces me vine a avisarle eso, que lo iban a joder...  
 JOSE LUIS: ¿Y Cubero qué te dijo? ¿Te contó cuál era la deuda?  
 JUPAS: No.  
 JOSE LUIS: *(A los tres espectadores)* Esa historia es casi cierta. No hay tal Chichas Ortiz. Lo que pasa es que Cubero les debe a unos compinches tuyos, Jupas, a tus primos los Oropéndolas, parte de un botín. El asalto de una sucursal bancaria por el lado de Turrialba hace como dos años... A los Oropéndolas los capturaron primero, y a Pedro Cubero después. No les pudieron comprobar nada y salieron libres todos, como de costumbre. Y ahora los

Oropéndolas andan detrás de Pedro, que era el que dicen que tenía guardada la plata, y según parece no la había guardado sino que la gastó... Y vos viniste con el recado, Jupas: que o pagaba, o...

JUPAS: Bueno, pues si sabe tanto ¿por qué preguntó? Yo no traje ningún recado de los Oropéndolas. Yo vine a precaver a un amigo.

JOSE LUIS: ¿Vos sos muy amigo de Pedro Cubero?

JUPAS: Muy amigo.

JOSE LUIS: ¿Muy, muy amigo? ¿Hasta dónde?

JUPAS: Hasta la muerte. (*José Luis mira a los otros con cierta malicia*).

JOSE LUIS: ¿Estás dispuesto a sacrificararte por él? ¿Por ejemplo a matarle al padrastro para que herede y pueda pagarles a tus primos los Oropéndolas lo que les debe?

JUPAS: Yo no sé a lo que estoy dispuesto por un amigo. Pero no me han probado que yo estuviera en San Luis el día que le dispararon a ese señor...

UVIETA: Chepe Mico.

JOSE LUIS: No te lo puedo probar todavía, pero voy a hacer todo lo posible, una vez que capture al tal Pedrito Cubero que desapareció de aquí hace días. De paso me vas a contar lo que sepás del asesinato de Sanabria. Por lo pronto, te venís conmigo, detenido.

JUPAS: ¿Detenido? ¿Por qué?

JOSE LUIS: Por sospechas.

UVIETA: (*Súbitamente interesado*) ¿Sospechas de qué?

JOSE LUIS: De intento de asesinato. ¿Por qué?

UVIETA: Por nada. Es que me quedé pensando. El Padre anunció ahora en el sermón que aquí hace quince días no se muere nadie. Es una especie de milagro, me imagino. Si eso fuera cierto, y aquí no se volviera a morir nadie, quiere decir que en San Luis los asesinatos serían imposibles, ¿verdad?

CHICO: (*Con sorna pero con apariencia de docta y absoluta seriedad*) A mí me parece que sí.

EDUARDO: (*Poniéndose no se sabe por qué de parte de Jupas*) Y entonces no se podría detener a nadie por asesinato, ni por sospechas de asesinato, porque el asesinato parece imposible en San Luis.

JUPAS: (*Al detective*) Póngale atención al señor, que está diciendo algo muy interesante. Que era imposible matar al señor Chepe Mico.

CHICO: Pero no abrirle un hueco.

JOSE LUIS: Aaaah. Tonteras de la gente. Te venís conmigo. Y ustedes, si me hacen el favor, ¿me acompañan a la jefatura, para que ayuden a que no se fugue? *Le medio amarra a Jupas las manos*

*con un mecatillo que saca de la bolsa de la camisa, y se lo lleva, en marcha triunfal, con Uvieta y Eduardo que van detrás no muy convencidos de que puedan o quieran ser útiles en caso de fuga. Chico queda solo y pensativo. Entran dos señoras, cubiertas con rebozos -toallas-; son doña Elenita y doña Isabel, damas prominentes de la caridad cantonal. Chico, al verlas, se sale del mostrador para hacerles un recibimiento cual cumple el rango de las visitantes).*

CHICO: Doña Elenita... doña Isabel. ¡Cuánto gusto de verlas! Díganme en qué les puedo servir, e inmediatamente. (No hay un tono burlón en estas palabras, aunque es obvio que mejor se pronunciarían en ese tono).

DOÑA  
ELENITA: Ay Chico, nos apena mucho molestarlo, sobre todo porque sabemos que los domingos por la mañana usted no tiene saloneros.

DOÑA  
ISABEL: Pero es que salimos tan impresionadas de la misa, que necesitamos tomar algo.

CHICO: (Áhora sí con tonillo burlón) Claro, lo que dijo el Padre Bonifacio en el sermón es suficiente para darle sed a cualquiera. ¿Qué desean? Tengo un fresquito de

frutas garantizado.

DOÑA  
ELENITA: Está bien. Dos frescos de frutas.  
CHICO: Pero háganme el favor y siéntense. Esta mesa es mejor, que aquí no les da el reflejo. (Las acomoda y vuelve al mostrador, donde con rapidez llena tres vasos y regresa con ellos en una bandeja). Y me van a permitir que las acompañe. Porque ya me enteré del sermón y quiero saber qué piensan ustedes.

DOÑA  
ELENITA: Pues lo que nos parece a nosotras, y seguro a todo el mundo, es que Dios ha enviado una bendición a San Luis al eliminar la muerte.

CHICO: Pero... ¿ustedes creen de verdad que Dios ha eliminado a la muerte de San Luis?

DOÑA  
ELENITA: El Padre Bonifacio lo dijo.

DOÑA  
ISABEL: ¡Imaginate, Chico, que en San Luis no se vuelva a morir nadie.

CHICO: Pues hmmm.

DOÑA  
ISABEL: ¡Imaginate lo que eso puede significar para el turismo. Todo el mundo va a querer venirse a vivir a San Luis.

CHICO: Por lo menos la gente mayor, ¿verdad? Y se nos va a convertir el pueblo en

una bodega de vejestorios... Claro que a usted, doña Chabelita, le puede ir muy bien, porque el hotel de don Chindo va a estar llenicítico.

DOÑA ELENITA: ¡Ay Chico, tan mal pensado! ¿Usted cree que Chabela sólo piensa en el comercio?

CHICO: No, claro que no. Estoy seguro, ¿verdad doña Chabela?, de que a usted lo que la tiene más feliz es la idea de que don Chindo no se le muera nunca... (Hay un silencio)

DOÑA ELENITA: Lo que no sabemos es si todo esto no será una casualidad.

CHICO: Sí, quince días no son un plazo muy largo como para sacar conclusiones. Pero es cierto: parece que aquí hace quince días que no se muere nadie.

DOÑA ISABEL: Ni siquiera la gente que ya se iba a morir. Ve vos el caso de don Rosendo, que estaba en las últimas.

DOÑA ELENITA: Yo lo he sentido por Rosalinda, que es una muchacha joven, que ya iba a heredar, y que tiene derecho a la vida, digo yo...

DOÑA ISABEL: ¡día, Elenita, ahora en San Luis el derecho a la vida lo tiene todo el

mundo.

CHICO: ¿Verdad? Y a lo mejor eso es lo malo... Porque yo me pongo a pensar qué distinto sería si el milagro, suponiendo que haya milagro, hubiera cogido por otro lado, y que sólo se murieran los que merecen morirse...

DOÑA

ISABEL: Sí, así sería muy conveniente, me parece a mí.

CHICO: De manera que tendríamos a doña Chabela y a don Chindo para eterna memoria, ¿verdad, doña Elenita?

DOÑA

ELENITA: ¿Y Rosalinda? ¿Vos qué crees: que si se pudiera escoger, Rosalinda debería quedar viuda o no?

DOÑA

ISABEL: Eso que se lo pregunten al director del Liceo.

DOÑA

ELENITA: No seas mal pensada. Ese muchacho lo que hace es enseñarle, cultivarla... ¿No es verdad, Chico?

CHICO: Ay, señoras, ustedes saben que yo no me entero de nada de lo que pasa en el pueblo. Vivo aquí encerrado en el negocio. Si ustedes no llegan los domingos a tomarse algo y me contarán... ¿De qué se entera un solterón en San Luis? Enterarse es de hombres casados.

DOÑA  
ISABEL: Y de mujeres casadas, ¿verdad?  
CHICO: De matrimonios, digamos mejor. (*Hay un silencio. Las señoras apuran sus refrescos*) Pero díganme una cosa, ustedes que sí están enteradas: ¿es cierto que de veras nadie se volvió a morir aquí?

DOÑA  
ISABEL: En todo el cantón no se ha muerto nadie desde que mataron al gerente del Banco. El administrador del cementerio se lo dijo el viernes a Chindo. Seguro él fue el que le avisó al Padre.

CHICO: ¿Y en los cantones cercanos? ¿En Santa Lucía?

DOÑA  
ELENITA: ¿Ve? Ahí sí que no sabemos. Habría que averiguar. Porque también sería muy raro que la muerte se saliera sólo de un cantón.

CHICO: ¿Ustedes no han sabido nada de la señora de Sanabria?

DOÑA  
ISABEL: ¿De Cristina? Parece que va bien, que se está reponiendo. Ella es la primera beneficiada con este asunto de las no muertas, que yo no entiendo.

DOÑA  
ISABEL: Yate digo, Chabela, que es una bendición de Dios.

CHICO: (*Casi burlón*) ¿Pero usted de veras cree, doña Elenita, que eso de que nadie se muera es una bendición de Dios? Porque todavía no hemos averiguado una cosa, y es si vamos a seguir envejeciendo. Porque francamente, a mí eso de llegar a los cien años, todo cacreco y hecho leña sin la perspectiva de morirme, no me hace ninguna gracia. Ahora, que si lo dejaran a uno como está... o lo echaran atrás, eso sí valdría la pena... Imagínese usted, doña Chabelita, volver a los quince años... Palabra que me le pongo detrás...

DOÑA  
ISABEL: ¡Ay, qué Chico este y las cosas que tiene! (*Transición*) Pero ya nos vamos, ¿verdad, Elena? Uno siempre tiene cosas que hacer en la casa. ¿Cuánto le debemos?

CHICO: Por ser ustedes, nada. La soda se siente muy honrada de que ustedes la prefieran. (*Como si se tratase de visitas, las acompaña hasta la puerta. Allí las despide con señas. Por rumbo contrario regresa Uvieta*). ¿Idiay, ya dejaron engavetado al Jupas?

UVIETA: Ya está preso. Injustamente preso, pero preso. ¡Qué se va hacer!

CHICO: ¿Qué? ¿Vos no estás de acuerdo en que ese es el asesino?

UVIETA: Chico Artavia, vos sabés tan bien como yo que el Jupas, en este asunto de los Sanabria es más inocente que un comemáiz recién nacido...

CHICO: ¿Y por qué voy a saberlo con esa seguridad?

UVIETA: Porque la conciencia te lo dice. ¿O vos no sos hombre de conciencia? ¿No fuiste hasta diputado? (*Penetra en el recinto. Se sienta ante una mesa*) Y ahora servime una cerveza...

CHICO: (*Siguiéndolo*) ¿Vos una cerveza? ¿Pero no tenés que trabajar?

UVIETA: En el hospital hay muy poco que hacer. Ningún paciente es de emergencia. Ninguno está grave; vos sabés, los médicos del Seguro son de una altísima calidad. Pero traeme una cerveza.

CHICO: Sí, ya voy. Y de paso me empujo yo otra. (*Vuelve a la mesa y se sienta con Uvieta*). Está escrito que hoy va a ser el día en que este negocio no me produzca un cinco. Todo me lo voy a beber. En fin, el sermón del Padre Bonifacio indica que es un día muy especial. Y los días muy especiales, ya se sabe...

UVIETA: (*Sirviéndose la cerveza*). ¿Ya se sabe qué?

CHICO: Los días muy especiales... son días muy especiales.

UVIETA: Todos los días son especiales para el que sabe verlos. Acordate de esto: las puestas de sol son gratis.

CHICO: Ah, pero ya te vas a adelantar. No son ni las once y ya estás hablando de puestas de sol.

UVIETA: Todos los días son especiales.

CHICO: Ya te lo había oído decir... muchas veces. Pero hasta ahora te entiendo la frase... Cuando la aplico a lo que está pasando en San Luis.

UVIETA: En San Luis todos los días son especiales...

CHICO: Porque en San Luis hace quince días que no se muere nadie... Y yo creo que no se va a morir nadie en mucho tiempo... (*Uvieta se está tomando su cerveza en silencio*).

UVIETA: Está buena esta cerveza. Heladita, de buen sabor... la verdad es que hacía años no me tomaba una cerveza.

CHICO: ¿Qué estás celebrando con esa cerveza? ¿El restablecimiento de Cristina Sanabria?

UVIETA: (*Contempla la cerveza. Habla sin mirar a Chico*) Todavía no está restablecida. La herida le interesó un pulmón, y todavía no ha cicatrizado...

CHICO: Pero le va a cicatrizar.

UVIETA: Yo espero que sí.

CHICO: Vos sabés que sí, Uvieta, conmigo no jugués, que yo conozco el truco. (*Uvieta*

*cambia de actitud. Parece ponerle atención).* Uvieta, decime una cosa: ¿En qué paró aquella vieja que se trepó a tu palo de mango?

UVIETA: *(Filosófico, no se sabe si habla sin darle importancia a lo que dice, o dándole toda la importancia del mundo)* Ahí está.

CHICO: ¿Trepada?

UVIETA: Sí.

CHICO: ¿Y no pensás bajarla?

UVIETA: No veo razón para permitirle que se baje. Es una vieja intrusa y merodeadora que se introdujo en una propiedad ajena para robar frutas que no le pertenecían. Mientras no decida qué tipo de castigo merece, no voy a dejarla que se baje de ese palo.

CHICO: Uvieta, no me hablés con rodeos. Yo soy el único ser humano, aparte de vos, que conoce la existencia de esa vieja, a la que ni Chepe Luis el de la DIC, ni nadie que yo sepa, ha podido ver.

UVIETA: Es cierto. A nadie le he contado de la existencia de esa vieja. Sólo a vos que sos persona discreta.

CHICO: No sólo soy discreto, sino que además yo soy el responsable de que esa vieja esté allí trepada.

UVIETA: ¿Vos?

CHICO: ¿Ya se te olvidó? Cuando te aconsejé

que dejaras bajarse al de la DIC, ¿qué te dije?

UVIETA: Tenés razón: que a la vieja la dejara en el palo porque... de algo podía servir.

CHICO: ¿Y de qué ha servido?

UVIETA: *(Volviendo a contemplar su cerveza)* Que yo sepa, de nada.

CHICO: No te hagás el tonto, Uvieta, que por algo te llaman Uvieta y vos anunciabas que algún día tendrías los poderes del viejo del cuento. *(Pausa breve)* Uvieta, Noé Redondo, mirame a los ojos: Vos tenés a la muerte trepada en un palo de mango, y no la dejás bajarse, y nadie se va a morir mientras vos no...

UVIETA: ¿No qué?

CHICO: Mientras vos no... *(busca las palabras)* no pongás el mundo en orden.

UVIETA: ¿Yo?

CHICO: Pero carajo, Noé, ¿no te das cuenta de que has detenido y suspendido el orden natural de las cosas? ¿Que te estás reservando los poderes de Dios?

UVIETA: No, yo no me reservo nada. Si algún poder tengo, es porque Dios me lo dio. No, yo con Dios no me meto, Dios libre. Pero si ha puesto en mis manos un poder, digo yo que será para que lo use...

CHICO: ¿Pero que uso le estás dando?  
UVIETA: Supongamos eso: supongamos que de veras yo tengo un poder; supongamos que de veras lo estoy usando...  
CHICO: Lo estás usando únicamente para conservar la vida a una mujer que no te hace caso...  
UVIETA: ¿Te acordás hace quince días, cuando decíamos "Cristina Sanabria no se muera"? Lo dijimos los dos, Chico. No sólo yo.  
CHICO: Bueno, ¿y esa señora es tan importante como para que por ella se trastorne el orden del mundo y de la vida?  
UVIETA: Para mí, sí.  
CHICO: Entonces, cuando los médicos digan que está definitivamente salvada, ¿vas a devolverle al mundo su orden?  
UVIETA: Eso es lo que no sé Chico, eso es lo que no sé. Porque la verdad, poneme atención, es que estoy gozando mucho. Y me encanta ver que la gente tiene su vida asegurada, y que puede arriesgarse a los peligros sin peligro, y que los muchachos pueden correr con sus motos, y tirar al blanco, y dejarse ir a la poza desde el peñón más alto.  
CHICO: Siempre se pueden quebrar una costilla.  
UVIETA: Bueno, eso sí. Pero cuando se sepa que la gente no se va a morir, a la gente se le van a quitar muchos miedos.

Y la humanidad una vez que le desaparezca el temor a la muerte, será más feliz. ¿Y sabés una cosa? Como nadie se va a ir al otro mundo, nadie va a esperar el otro mundo, y van a querer que las cosas buenas se las den en éste, y quererlas en éste va a estar muy de acuerdo con la religión. (*Medita*) No, Chico, la verdad es que quién sabe para que yo permita que esa vieja deje de comer mangos por mi cuenta.

CHICO: ¿Pero no ves que la gente va a seguir envejeciendo? Porque no le estás garantizando juventud ni fuerza ni salud a nadie... La gente se hará vieja, se hará débil, se enfermará... y vos le vas a quitar la esperanza de... de descansar.

UVIETA: En el cuento de Uvieta, Uvieta transó con las autoridades celestiales, y sostuvo negociaciones con ellas. Yo estoy esperando negociar, y entonces podemos llegar a un acuerdo, de que se pueden ir muriendo los que lo pidan, por ejemplo...

CHICO: ¿Y si lo pide otro?

UVIETA: ¿Cómo es eso? Ya me vas a organizar una oficina de asesinatos...  
(*Ha aparecido Rosalinda. Se ha dirigido donde ellos están*)

ROSALINDA: Hola, Chico.

CHICO: Hola, Rosalinda.  
 ROSALINDA: Hola, Uvieta.  
 UVIETA: *(Se ha puesto de pie)* Permítame saludar a los ojos más lindos y más tristes de San Luis.  
 ROSALINDA: Oh Uvieta y sus cosas.  
 CHICO: Rosalinda, hágame un favor. Siéntese aquí con nosotros. Si quiere una cerveza se la traigo...  
 ROSALINDA: No, gracias.  
 CHICO: Siéntese de todos modos. Pero siéntese en una actitud particular. Le voy a pedir una cosa: hágase el cargo de que aquí todos estamos embrujados, y que Uvieta y yo sabemos, sin sorprendernos, que usted vino aquí a buscar al profesor.  
 ROSALINDA: *(Desconcertada)* Bueno... sí... lo buscaba *(Se sienta)*.  
 CHICO: Yo no soy brujo, pero no hace falta serlo para saber que usted y Eduardo se quieren...  
 UVIETA: Yo no lo sabía.  
 CHICO: Sí lo sabías, no disimulés. *(No da tiempo a que Rosalinda diga nada)* Yo sé, Rosalinda, que ustedes están enamorados.  
 UVIETA: Dios los bendiga.  
 CHICO: *(A Uvieta)* Están enamorados, Uvieta, pero ese amor no va a ninguna parte, porque Rosalinda no es libre, porque está casada y yo sé, adivínalo vos

Uvieta, que esta pareja de enamorados está esperando una especie de milagro...  
 Un milagro que no se produce...  
 Póngame atención, Rosalinda: Hace quince días, don Rosendo, que estaba al borde la muerte, se comenzó a sentir bien. La muerte de don Rosendo era una cosa natural; es un hombre viejo, muy viejo, enfermo, que ya cumplió su misión en esta vida. Que usted y Eduardo desearan que don Rosendo muriera, no tiene nada de perverso ni de pecaminoso. Era un derecho de ustedes como jóvenes...  
 ¿Me entendés Uvieta, me entendés? Pero don Rosendo no se va a morir, Rosalinda.  
 ROSALINDA: ¿Don Rosendo no se va a morir?  
 CHICO: En este pueblo hace ya dos semanas que no se muere nadie, y quién sabe cuánto tiempo pasará antes de que alguien se muera. Pierda toda esperanza, Rosalinda.  
*(En la puerta ha aparecido Eduardo, que escucha la conversación. Rosalinda, de espaldas a él, no lo ve)*  
 UVIETA: ¿Eso es cierto, todo eso?  
 CHICO: Sí. ¿Vos no lo sabías, Uvieta? Pues sabelo.  
 ROSALINDA: Es cierto, todo eso es cierto *(Eduardo se va acercando)* Ya que ustedes lo saben, mejor lo confieso. Eduardo y

yo nos hemos querido. Queremos casarnos. Y esperábamos la muerte de mi esposo. Pero querer la muerte de alguien no es tan natural como usted dice, Chico. Da remordimientos. Y ahora, que lo veo recuperándose, me doy cuenta que hemos querido una cosa horrible. Y ahora usted dice, Chico, que no esperemos más porque nada va a pasar... que es inútil.

EDUARDO:

¿Qué estás diciendo?

ROSALINDA:

*(Se vuelve hacia Eduardo)* Nada, Eduardo, nada. Yo vine a buscarte, es cierto... porque quería decirte... quería decirte aquí, delante de dos amigos que lo saben todo y todo lo adivinan... que es mejor que no, Eduardo. Así no... Que no quiero que nos veamos más, que no quiero verte más... nunca...

*(Se levanta violentamente y sale corriendo. Los tres se quedan contemplando el sitio por donde Rosalinda se fue. Uvieta y Chico parecen comprender. Pero no es posible que Eduardo comprenda)*

TELON

## ACTO TERCERO

*Han pasado dos semanas, y nuevamente llegamos a Chico's Baren una mañana de domingo. Sólo que hoy es más temprano que los domingos de las visitas anteriores. Chico termina apenas deponer en orden las mesas según su costumbre, y todavía no ha abierto al público la puerta principal de su establecimiento.*

*En eso está, cuando siente que alguien le habla por detrás: es una mujer de edad indefinida y aspecto ligeramente estafalario, como si, teniendo más o menos can qué, no supiera comprarse su ropa o no consiguiera escar al tanto de lo que las otras mujeres visten. En suma, que en su traje hay una leve nota de anacronismo. Cuelga de su brazo una bolsa de las llamadas "de manigueta".*

LA MUJER:

*(Consultando una libreta de apuntes que extrae de una cartera de cuero ajadísima y muy gorda)* Perdón, señor... ¿usted es... don Francisco Artavia Luna?

CHICO: *(Se vuelve violenta y asustadamente)*  
 Sí, yo soy, pero, ¿cómo entró usted aquí?

LA MUJER: *(Impávida)* ¿Y este es el establecimiento comercial que llaman Chico's Bar?

CHICO: Sí, señora.

LA MUJER: Es curioso. Si estuviéramos en España se llamaría Paco's Bar, y en México Pancho's Bar, ¿no es así?

CHICO: Pero estamos en San Luis. *(Pausa)*  
 Pero dígame, ¿cómo entró? El bar está cerrado.

LA MUJER: Tengo manera de entrar; después le explico si quiere, y no se alarme. Vengo de muy lejos en busca suya.

CHICO: Vendrá cansada. ¿Le puedo ofrecer algo?

LA MUJER: Agua, digamos...

CHICO: ¿O una Coca Cola...?

LA MUJER: Yo no sé si me estará prohibido ingerir ese brebaje... Tiene reputación de ¿venenoso? ... No: de imperialista. Pero hace muchos, muchísimos años, usted no se imagina cuántos, tengo una gran curiosidad por probarlo...

CHICO: *(Todavía, naturalmente, sin entender)*  
 Entonces le voy a servir una... ¿La quiere pequeña o grande?

LA MUJER: No sabía que las hubiera de varios tamaños...

CHICO: Entonces grande. Mejor que sobre que no que falte. *(Mientras va al*

*mostrador)* Pero siéntese, hágame el favor.

LA MUJER: *(Sentándose)* Gracias, es usted muy amable. *(Observa las maniobras de Chico y su regreso con la Coca Cola. La prueba, y hace un gesto de sabrosura)*  
 Sabe bien; voy a recomendarla...

CHICO: Algunos la prefieren con ron.

LA MUJER: No me gustan las bebidas alcohólicas. Existe una tradición en mi casa, de que si una ingiere bebidas alcohólicas termina subida en un arca y provocando aguaceros.

CHICO: Pero antes de seguir adelante, señora... señorita... *(Espera en vano una guía)*  
 ¿Me haría el favor de decirme su nombre?

LA MUJER: Es cierto, perdone que se me olvidara. Pero es que yo circulo muy poco. Tan poco, que cada vez que aparezco, quiero decir, que salgo, adopto un nombre nuevo. Al fin y al cabo, los que me conocían ya no están y los que hay son nuevos. En una de mis incursiones dije que me llamaba Urraca. En otra, más reciente, Adelaida. Pero esos son nombres que ya no se usan. Ya nadie se llama así.

CHICO: *(Convencido de que está tratando con una loca, pero dispuesto a divertirse)*  
 ¿Y ahora? ¿Cómo se llama? ¿Cómo se va a llamar?

LA MUJER: ¿Ahora? Mi nombre siempre es común,

el más común que encuentro, (*Consulta la libreta*) Llámeme Gabriela, Lorena o Patricia. Me parece que cualquiera estaría bien. Aunque mejor Gabriela no, que puedo tener problemas más allá y que me acusen de suplantación. Dejémoslo entre Lorena y Patricia. Me gusta más Lorena.

CHICO: Lorena.

LA MUJER: Eso es. Lorena.

CHICO: Y dígame una cosa, niña Lorena, ¿en qué puedo servirla? ¿A qué debo el honor?

LORENA: Pues mire usted, don Chico, yo creo que sí es un honor, ya verá. Pero voy al grano. Vamos a hablar, como dicen ustedes ahora, a calzón quitado, que es una expresión muy malcriada, pero viera usted qué pocas oportunidades tengo yo de proferir malacrianzas. Y cuando las tengo las aprovecho. ¿Le importaría a usted que yo dijera ahora "a la puta"?

CHICO: No, no me importa en absoluto, y en todo caso ya la dijo.

LORENA: Pues ya que no le importa, la voy a decir. (*Se prepara y la dice despacio y vocalizando*) A la puta. Ya me siento mejor... ¿Usted podría más tarde enseñarme otras expresiones vulgares pero más actuales, más recientes?

CHICO: ¿Maje, por ejemplo?

LORENA: Maje. ¿Es bien malcriada?

CHICO: No mucho. ¿Púchica?

LORENA: ¿Púchica?

CHICO: La dicen hasta las señoras.

LORENA: Pero sigamos: a usted le extrañará todo lo que he dicho, como le extrañó verme aquí.

CHICO: Todo es muy raro, pero mire, niña Lorena, aquí en San Luis hace un mes están pasando cosas muy raras. No sé si usted sabrá, pero... (*rectificando*)

La verdad es que usted tiene que estar en el secreto, esa es la verdad.

LORENA: Sí, estoy en el secreto. Soy, como quien dice, parte del secreto. Y allá, de donde yo provengo, me dijeron que usted también está en el secreto.

CHICO: ¿Yo? ¿En cual secreto?

LORENA: Don Francisco de Paula Artavia Luna, que ese es su nombre de cédula: no me diga que usted no sabe que dos y dos son cuatro... Usted habrá atado algunos cabos.

CHICO: Bueno, pues yo diría que... Sí, está bien, sí; he atado cabos, y ahora sé que dos y dos son cinco.

LORENA: De modo que volviendo a lo que le dije antes, vamos a hablar a calzón quitado...

CHICO: Ahora que me acuerdo, yo tuve un tío malcriadísimo, que no decía "hablar a calzón quitado", sino algo más vulgar,

que tal vez a usted le interese:-.

LORENA: Dígamelo, dígamelo.

CHICO: Perdone la falta de respeto. Decía...  
(*se lo dice al oído*)

LORENA: Magnífico, magnífico, lo voy a apuntar.  
(*Lo apunta en la libretita*) Y ahora sí, hablemos a... a calzón quitado. (*Pausa*)  
En dos platos, don Chico yo -estoy aquí por el asunto ese de Noé Redondo, a quien ustedes llaman Uvieta.

CHICO: Sí, el loquillo de este pueblo. Buena persona, créame.

LORENA: No lo dudo. Pues bien, yo necesito hablar con él, en secreto, a solas. Y usted es el que me puede ayudar.

CHICO: Muy fácil. Ahora lo encuentra en la casa. Coge de aquí doscientas varas al norte, después del parque.

LORENA: No, no, así no. Yo sé dónde vive ese tal Noé Redondo; tengo apuntadas las señas. Pero no quiero ir a su casa.

CHICO: ¿Se puede saber por qué?,

LORENA: Porque en esa casa hay una viejilla... medio pariente mía, muy lejana, somos hijas de primas segundas, que no quiero que me vea. Usted sabe, la que está en el árbol de mango...

CHICO: ¿Es familia suya? Vea qué cosa...

LORENA: Y usted, que no tiene un pelo de tonto, ya se habrá dado cuenta, con toda seguridad, de quién es esa idiota que está prisionera en el solar de Noé

Redondo...

CHICO: Es... la M...

LORENA: La Muerte, sí, dígalo, si no es nada raro. No es la primera vez que se sube a un árbol, ni la primera vez que no la dejan bajarse.

CHICO: ¿Qué es: que cuando esa señora se trepa a un palo...?

LORENA: Cuando esa pariente mía se trepa a un palo, pierde toda su eficacia, su eficiencia, ¿cómo es que dicen ahora?, su factibilidad.

CHICO: Yo creo que factibilidad es otra cosa.

LORENA: Achará, porque es palabra bonita. Es de esas que dan ganas de usar para todo... Como problemática... y cuantificar... y concientización... (*las dice con mucha gana, ad lib*)... concretizar... operativo... alienación... proyecciones... contenido económico... motivación... insumo, esa es linda... Pero volvamos a mi pariente.

CHICO: Dígame una cosa: ¿Por qué escogieron a Noé Redondo para esta jugada? ¿Es que es un santo, o le hizo un favor a María Santísima como el otro Uvieta?

LORENA: No, no, no, no, no, no... Si nunca los escogen, cómo se le ocurre. Mire, don Chico, le voy a explicar: lo que sucede es que por alguna razón que yo no entiendo muy bien, esa cabrona de mi pariente, perdone la palabrota

pero allá donde yo vivo no me dejan usarla, si se sube a un árbol y el dueño le prohíbe que se baje, no puede bajarse. Eso es todo. Está hecha para trepar a los palos y, claro, por ahí cada cien años o doscientos, muy de tarde en tarde, a algún vagabundo se le ocurre prohibirle que se baje, y ahí es donde se arma. Es muy sencillo. Y antes de que me pregunte otra cosa, le voy a explicar que una vez que le prohíben bajarse, se hace invisible y sólo el dueño del árbol la puede ver.

CHICO: ¿Y por qué es así?

LORENA: Ah, yo qué voy a saber. Reglas que tienen. Bueno, yo pienso que si no tuvieran reglas tan extrañas e inexplicables, no podrían inventarse los cuentos ni las fantasías ni las imaginaciones... Y el universo quedaría como muy arreglado y geométrico. A todos nosotros allá donde estamos, nos gustan bastante la arbitrariedad y las cosas improvisadas... Fíjese que una vez al jefe, que es muy amigo de dibujar, le regalamos para Navidad y cumpleaños, que caen el mismo día, una regla, para que las líneas le salieran bien rectas; y qué va, en vez de regla siguió, como toda la vida, usando un tirabuzón. Así son las cosas del otro lado.

CHICO: Y usted ha venido ahora...

LORENA: Diay, a negociar con ese discípulo de Uvieta que tienen ustedes aquí. Yo creo que si ustedes no le hubieran puesto ese apodo tan antipático, no se le habría ocurrido eso de prohibirle a mi pariente que se bajara del frutal. Porque siempre se sube a frutales, de puro golosa... ¡Yo es una gana de que se trepe a un cas...! Bueno, pues todavía no sabemos si por ejemplo sería posible prohibirle que se bajara de un pino. Solo con frutales hay jurisprudencia. ¿Esa palabra sí la use bien?

CHICO: Me parece que sí.

LORENA: Pero bueno, a lo que venía. Yo necesito que usted me arregle una entrevista con ese Noé Redondo, aquí en su bar. Que nos preste el local, como dicen.

CHICO: Estoy de acuerdo, yo ayudo en lo que pueda para resolver esta situación; pero lo veo difícil, porque aquí viene gente los domingos en la mañana.

LORENA: Yo me ocupo de que no entren...

CHICO: ¿Pero tiene poder para tanto?

LORENA: Tengo mucho poder, aquí. Allá no pero aquí me sobra.

CHICO: ¿Usted es... allá...?

LORENA: Lo que ustedes llaman un ángel. Mire. *(Saca de la bolsa de manigueta un par de alas bastante ajadas, de procesión. Se las pone y da unos pasos)*

Claro, que no me puedo exhibir en público con estas... extremidades, porque es capaz que me apedrean... A una tía mía le pasó; pero fue hace muchos siglos, creo que en Egipto... ¿o fue en Bolivia?

CHICO: ¿No sería en Sodoma?

LORENA: *(Cortante)* Lo de Sodoma fue otra cosa. *(Se quita las alas y las guarda en la bolsa)* Bueno, don Chico, ¿me ayuda?

CHICO: ¿Cómo voy a negarme?. Pero yo no puedo tener el negocio cercado...

LORENA: Abralo, no importa, que nadie va a entrar. Sólo Noé Redondo... Además, no se preocupe, que le compensaremos las posibles pérdidas. ¿Cuánto puede ser su déficit de caja si en toda la mañana no llega aquí ni un cliente? No es que le vayamos a tomar toda la mañana, a lo mejor yo-me arreglo con Redondo en un [cuarto. de](#) hora, pero le pago lo de la mañana entera. *(Saca la libreta)* Aquí está apuntado el promedio de utilidades netas dominicales de "Chico's Bar" de San Luis. ¡Qué cosa, no hay dato que no tengan! Espere un momento. *(Saca una chequera, y hace un cheque, que le entrega)* ¿Le parece bien la suma? Estoy autorizada para subirla, pero tengo instrucciones de economizar.

CHICO: Está perfecta. Además, en marcos y contra un banco suizo. Ni hablar del peluquín. Ahora, si usted quiere yo le voy a traer a Uvieta.

LORENA: No hace falta. Ya lo traje, viene de camino. Mejor abra la puerta del negocio, que ya es hora.

*(Chico abre la puerta del bar, y allí está Uvieta esperando que la abran).*

UVIETA: ¿Qué hubo, Chico, vos me llamaste?

LORENA: *(Adelantándose)* ¡diay, Uvieta, ¿qué hace Dios de esa vida?

UVIETA: *(Para sí mismo)* Esa frase es del cuento.

LORENA: *(Sin hacerle caso)* Yo fui la que te llamó. Pasá adelante. *(Uvieta entra a la soda sin tenerlas todas consigo. La verdad es que no puede evitar el sospechar con certeza de qué se trata).*

UVIETA: ¿Y se puede saber para qué me llamó? *(Chico presencia el diálogo con expresión de asombro).*

LORENA: Primero, ayudame a poner estas sillas y estas mesas aquí en la puerta de la calle bien atravesadas. *(Levanta una mesa y se dirige firmemente a la puerta con ella. Uvieta la sigue pero Chico interrumpe).*

CHICO: ¿Qué van a hacer con esos muebles?

LORENA: ¡diay, pues atravesarlos para que la gente no entre...

CHICO: No, un momento: cuando la gente vea una barrera de sillas y mesas más

bien va a querer entrar para averiguar qué pasa...

LORENA: Ah bueno, si usted se empeña... (*Deja la mesa en el suelo, se dirige a la puerta, y allí efectúa un amplio ademán, cabalístico, misterioso y mágico*) Esta bien, ya no entra nadie... Es que, francamente, no quería gastar ciertas energías en *eso*... (*A Uvieta*) Acercate, Noé, que tengo que hablar con vos muy en serio. Usted Chico, refúndase en un rincón si quiere, o hágase humo, o lo que quiera, porque en cuanto yo haga este gesto (*hace otro ademán*) ya usted no va a poder oír' nada de lo que hablemos, por más que orejée. Bueno, oír sí, pero entender no. Porque lo que se produce es interferencia y estática.

UVIETA: ¿Y por qué no vamos a dejar que Chico oiga lo que hablamos? Yo no tengo secretos para él.

LORENA: Yo no tendría inconveniente. De todos modos está enterado del asunto, pero ustedes saben, son regulaciones superiores. Tienen miles de años, y vieran lo que cuesta modificarlas. ¡Es que aquello es una burocracia! De manera, don Chico, que perdóneme, que son órdenes muy terminantes y estrictas, y el que es mandado no es culpado. (*Hace, efectivamente, el gesto*

*que anunció. Chico se retira al mostrador. Más tarde, convencido de la eficacia del ademán, se va enfurruñado no se sabe si a su casa o al cerco).*

UVIETA: Pues usted dirá, señora.

LORENA: Sentate. Más bien sentémonos aquí. (*Uvieta obedece. Hay una pausa*) Pues mirá, Noé, allá arriba están con vos como agua pa chocolate.

UVIETA: Otra frase del cuento.

LORENA: Es el santo y seña, para que me reconozcás. Pero si querés te lo digo clarito y como a mí me gusta; no te chillés, pero allá arriba están que se los lleva puta con vos.

UVIETA: Hm, hm. ¿Y qué debo hacer para que se contenten?

LORENA: Pues bajar a la muerte de ese palo de mango en que la tenés trepada.

UVIETA: (*Reflexiona*) Pues mire, doña...

LORENA: Lorena.

UVIETA: Doña Lorena. Hace días que estoy esperando esta visita, y he reflexionado mucho. Y la verdad le voy a decir que no me siento muy inclinado a hacer caso. El mundo está muy lindo, muy lleno de vida, y yo me siento feliz de saber que lo que me rodea es eso, vida, vida, vida.

LORENA: La muerte es parte de la vida.

UVIETA: ¿Está loca? La muerte es todo lo contrario de la vida.

LORENA: Vos la ves así desde aquí, pero allá, nosotros...

UVIETA: Ustedes son otra cosa y no la sufren. Para mí la vida es vivir.

LORENA: La disfrutás, ¿verdad?

UVIETA: Claro.

LORENA: La disfrutás porque sabés que algún día se te va a acabar.

UVIETA: No. Ahora, que no se me va a acabar la estoy disfrutando igual, tal vez más.

LORENA: Vos tal vez. Los demás no saben que, por ahora, tienen la perspectiva de no morirse. Mirá Uvieta: la vida está diseñada de manera que se acabe. No hagás enredos.

UVIETA: Es que usted no entiende porque no es de por aquí. Si quiere la llevo a que vea a la gente viviendo.

LORENA: No hace falta. Desde allá los vemos. Y hay de todo. Pero los hombres se han hecho la vida triste.

UVIETA: Será porque quieren... Las puestas de sol son gratis.

LORENA: ¿Ves lo que te decía? Si el sol se quedara quieto no habría puestas de sol, que son al fin y al cabo una muerte.

UVIETA: Perdone, pero a mí me enseñaron que Galileo descubrió que el sol está quieto.

LORENA: ¡Vainas de Galileo! Bueno, pues si la tierra se quedara quieta alrededor del sol, ¿así está bien?, no habría puestas

de sol. Las puestas de sol existen porque existe la noche, ¿entendés? (Para sí misma) Y el sol... e pur si muove.

UVIETA: Claro que lo entiendo. Pero la verdad es que sigo pensando que es mejor que la gente no se muera.

LORENA: Vos estás pensando en una persona. Sólo en una.

UVIETA: Al principio sí, para qué lo voy a negar. Pero cada día que pasa, pienso en más personas. Y ya voy pensando en casi todas.

LORENA: Es lo malo. No podés tomar a todos los seres humanos de uno en uno. Te volverías loco porque es demasiada gente.

UVIETA: ¿Ese no es el amor al prójimo, de uno en uno?

LORENA: Pues mirá, como que sí ¿verdad? Pero insisto en que tomés a la humanidad como humanidad. Así la vemos nosotros.

UVIETA: Y dígame una cosa, doña Lorena ¿por qué voy a tomar las cosas como las toman ustedes? ¿Acaso yo soy igual a ustedes? (Saca las alas *de la bolsa*) ¿Acaso yo tengo de esto?

LORENA: Te voy a hablar muy concretamente, como les gusta a ustedes. Hemos hecho estudios muy serios sobre este particular. ¿Y sabés quién va a ser el hombre más feliz el día en que nadie

se vuelva a morir?

UVIETA: Yo. Ya se lo dije antes.

LORENA: Pues no. Aquí en San Luis va a ser Chepe Mico.

UVIETA: ¿Chepe Mico?

LORENA: Pues claro. ¿No ves que le van a sobrar peones para la finca y les va a poder pagar a peso el día? Oferta y demanda se llama eso. ¿Te imaginás a todos los peones del presente y el futuro pidiendo trabajo al mismo tiempo? Mirá, hay que parar esto antes de que se extienda. Si yo no logro convencerte, después de un par de meses la peste se extiende por todo el mundo. Ahora es muy fácil, porque es sólo en San Luis donde no hay muertes, y la cosa no ha trascendido. Los periódicos de San José todavía lo ven como una casualidad. Pero dentro de dos meses comenzará a funcionar (*consulta la libretita*) el síndrome de los círculos concéntricos.

UVIETA: ¿Qué es eso?

LORENA: Tres palabras esdrújulas en cadena que me gusta usar. Consiste en que el área afectada comienza a extenderse paulatinamente y con diseño circular, hasta abarcar todo el planeta... todo, todo el planeta. Y entonces sí que te quiero ver...

UVIETA: Idiay, ¿que no se vuelva a morir nadie

en el mundo? Me gusta.

LORENA: Eso, eso, y por supuesto los salarios se irán al suelo, ya te lo dije. No seas tonto, vos no sos de los de arriba ¿verdad? Pues los de arriba son los que se aprovechan siempre de las explosiones demográficas, pero nunca son ellos los que se encargan de producirlas. Siempre procuran más bien que la herencia de ellos se divida entre pocos... Pero ¡qué pereza!, ya me estoy poniendo sociológica. ¡Tanto que me dicen mis hermanas que no sea necia! Y cuando estaba preparando la agenda de lo que te iba a decir, me advirtieron que no me metiera en complicaciones sobre la (*consulta la libretita*)... la eventual escasez de fuentes de trabajo... Es que me encanta decir "eventual". Palabras así y palabrotas son las que me gustan.

UVIETA: A mí me gusta oírse las. Pero palabrotas no le he escuchado muchas.

LORENA: Es que con vos me tengo que reprimir para no quitarle seriedad a mi misión. Pero palabras como "eventual", sí. ¿Sabés otra que me gusta mucho, aunque no es rara? Contraproducente.

UVIETA: Me dejan la impresión de que usted sabe mucho...

LORENA: Mirá, nosotros no es que sepamos mucho, es que todo lo adivinamos.

vuelvo a lo mío: este negocito tuyo a los únicos que va a favorecer de veras es a los Chepes Micos del mundo.

UVIETA: ¡No me diga!

LORENA: Pues así es, como que me llamo Adelaida, digo Lorena... Pero convencete de que hay una falsedad esencial en tus puntos de vista. Una falacia. (Tose para *llamar la atención sobre la belleza del término*) Y si no me crees, me vas a obligar a hacer un milagro.

UVIETA: Hágalo, me encantan los milagros.

LORENA: Nunca has visto uno, no seas mentiroso.

UVIETA: Pero me han contado, se sabe...

LORENA: La tradición exagera mucho. Mirá éste. (Toma la bolsa de manigueta y saca de ella unos *periódicos*) ¿Qué es esto?

UVIETA: (*Con cierta torpeza*) Unos periódicos.

LORENA: Sí, pero veles la fecha.

UVIETA: No son de hoy.

LORENA: Idiota, son del año entrante, ese es el milagro que te ofrecí. Ve aquí. (No *deja a Uvieta leerlos, insiste en señalarle, en enseñarle, se pone unos anteojos*) Mirá aquí lo que va a estar pasando en el mundo. "Cuarenta y tres bancos asaltados ayer en Europa". No es muy importante la noticia, pero claro, como no hay posibilidad de matar a nadie, muchos pusilánimes se han decidido. Ve ésta que sí es gorda: "El ultimátum

Ve ésta que sí es gorda: "El ultimátum de la Unión Soviética a Washington se cruza con el ultimátum de los Estados Unidos a Moscú". La tercera guerra mundial, Noé... Claro, como no va a producir muertes, a nadie le importa que estalle. Y observá aquí, que hasta Suiza está en guerra con Italia. Y España con Portugal.

UVIETA: ¿No me engaña?

LORENA: Claro que no. Los ángeles no mentimos. Y yo no sé si ya te dije que soy un ángel. Seguí viendo. Mirá esta foto: Un dictador sudamericano paseándose a pie por las calles de su capital. ¿No te da vergüenza? Por culpa tuya no corre peligro. Y mirá esto otro: "Crece la ola de suicidios en México". Claro, en estas condiciones a todo el mundo, principalmente a los jóvenes, les va a parecer muy atractivo o romántico eso de estarse suicidando...

UVIETA: Pero... ¿suicidarse? ¿Cómo?

LORENA: Pues suicidándose, muchacho... sólo que sin morirse, que es comodísimo. Y fijate en esto, que es muy raro: "Dieciocho aviones se cayeron ayer cerca del aeropuerto Kennedy en Nueva York". Claro, ya no les dan mantenimiento. Y se están llenando los hospitales de gente fracturada, mal herida, con piernas quebradas y colum-

nas vertebrales hechas papilla... toda clase de tullidos en el mundo sin esperanzas de morir. ¿Te das cuenta de cómo quedan los que se tiran de lo alto de la torre Eiffel? ¿No te da vergüenza, Noé? Pero seguí enterándote: no cabe la gente en los asilos, los sistemas de pensiones están quebrados. En la India, la gente se empieza a caer al mar...

UVIETA: ¿Y qué, la gente no puede adaptarse a una nueva situación?

LORENA: (*Guardando los periódicos*) Tomaría siglos. Fijate que toda, absolutamente toda la organización de la humanidad, del mundo, del universo, está basada en la muerte, en que los viejos le dejen el campo libre a la gente nueva...

UVIETA: Menos ustedes, por supuesto.

LORENA: Nosotros somos otra cosa y no seas impertinente.

UVIETA: (*Meditando*) ¿Y todo eso que me ha dicho, depende de mí?

LORENA: Sí. Todo eso depende de vos.

UVIETA: Pero esas cosas no son lo que yo quiero. Yo lo que quiero es que la gente disfrute del mundo sin preocupaciones, que...

LORENA: No basta vivir. Yo sé muy bien lo que vos querés. Que no se muera la gente que vos amás, y la que vos conocés, yo te entiendo. ¡Si no sos el primer

Uvieta con que tenemos que lidiar! Mirá, a vos lo que te interesó de primero fue esta mujer que tengo por aquí apuntada: (*mira la libretita*) doña Cristina viuda de Sanabria... Por el nombre se imagina uno una señora muy aseñorada, pero yo sé que es otra cosa. Esperate, que yo conozco la palabra, ¿vos qué crees? (*medita*) Es una mujer muy... sexy.

UVIETA: Eso es, muy bonita, muy hermosa, muy atractiva...

LORENA: Todo lo sé.

UVIETA: Lo que yo quiero es que no se muera.

LORENA: Pues está bien, concedido. No se va a morir de esta vez. De todos modos, mis informes son que los médicos se han lucido y está curada. (*Pausa*) Pero no la vas a volver a ver nunca, Noé. Nunca. Es tu castigo...

UVIETA: ¿Mi castigo? ¿Por querer salvar vidas?

LORENA: No seas hipócrita, que arriba lo sabemos todo. Sabemos que vos y esa Cristina... No te chillés, que todo lo sabemos. Lo que nadie entiende allá arriba es cómo una mujer de esas, que realmente es una obra de arte, se fue a encaprichar de un tipo como vos...

UVIETA: (*Perfectamente humilde*) Yo nunca me lo he explicado señora... Pero el hecho es que...

LORENA: El hecho es que sí; que estatal Cristina...

(se queda mirando a Uvieta; para sí misma) ¡Bueno, será lo que llaman una aberración!

UVIETA: ¿Y no la volveré a ver?

LORENA: Jamás. Los médicos le darán de alta, vendrán parientes a recogerla, se volverá a la ciudad, y todo eso sin que vos la veas más.

UVIETA: Es la única mujer que me ha querido, doña Lorena. Sea un ángel. Me crié solo y huérfano, nunca tuve un cariño, nunca había tenido un amor, y de pronto esta mujer, deseada por todos...

LORENA: (Lo medio acaricia) La tuviste, Noé; fue tuya. Dale gracias a Dios todos los días por ese, que fue un verdadero milagro... Pero merecés un castigo.

UVIETA: ¿Por amar y ser amado?

LORENA: Por eso no, claro que no. Por matar, Noé, por matar. ¿O es que crees que no sabemos lo que sucedió en esa casa?

UVIETA: Si lo saben, si lo vieron, me justificarán.

LORENA: Bueno... casi. Allá somos bastante objetivos...

UVIETA: Entonces saben...

LORENA: Sabemos que no sos un asesino. (Lo toca ligeramente como acariciándolo otra vez).

UVIETA: Pero que hay veces que...

LORENA: Todo lo comprendemos. No pudiste tolerar lo que ocurría en tu presencia.

Era demasiado. Lo entendemos.

UVIETA: Era demasiado, sí. Y hasta un hombre como yo, pacífico...

LORENA: Manso de corazón, sí. Lo entendemos. Se subleva y de pronto no sabe lo que hace.

UVIETA: Mire, doña Lorena. Hay algo, hay algo. Yo le juro a usted por lo más sagrado...

LORENA: Juralo por mí. Yo soy sagrada.

UVIETA: Le juro por usted, que si cuando la muerte llegó a mi casa, que yo no sé en qué andaba...

LORENA: Se había llevado a Sanabria y ahora venía por Cristina...

UVIETA: Pues sí, doña Lorena. Le juro que si cuando llegó Sanabria hubiera estado vivo, más ligero la habría trepado al palo, para que don Juan Ramón no se muriera tampoco... Es horrible matar.

LORENA: Bueno, pues lo que tenés que hacer es confesar todo a la justicia. Y que te encholpen un rato. Ya los abogados encontrarán atenuantes y argumentos, de modo que la condena sea más corta de lo que te toca. Tal vez un par de años, se me ocurre, y yo soy algo así como pichón de tinterillo.

UVIETA: ¿Dos años dice usted? ¿Y no podría ser menos?

LORENA: Cuestión del juez, no mía.

UVIETA: Pero que le salven la vida a Cristina.

LORENA: Ya te lo prometí. Pero sabé y entendé

que vendrán los parientes de Cristina Sanabria desde San José a llevársela. Y no la verás más.

UVIETA: Ya lo sé. ¿Nada se puede hacer?

LORENA: Nada.

UVIETA: Pero vivirá...

LORENA: Hasta que le vuelva a llegar la hora. (*Uvieta medita un momento, no sabe qué decir*). Aunque no bajés a la Parca de mi parienta, vendrán a llevarse a Cristina. Es bueno que sepás eso. Que de todos modos no la vas a ver más...

UVIETA: No hay remedio. Estoy de acuerdo... Pero antes necesito negociar otras cosas. Por culpa mía, en este pueblo, una pareja de enamorados...

LORENA: Ya sé. El cursi del director del Liceo y su flor de monte...

UVIETA: Esos. Que hagan lo posible por reconciliarlos. Me imagino que ustedes algún poder tendrán.

LORENA: No es cuestión de milagros sino cuestión de tiempo. El viejo Rosendo se morirá exactamente cuatro días después de que vos bajés del palo a mi pariente... Después (*escéptica*), que el tiempo cure las heridas. (*Reflexiona*) Yo creo que esa parejilla se hace. Tal vez vos podrías ayudar, hablarle a ella, se me ocurre... Algo has aprendido esta mañana.

UVIETA: Sí, algo.

LORENA: Entonces... ¿mi prima?

UVIETA: (*Titubea*) Bueno... así como decidirme... Es que ¿se imagina usted? Devolverle la muerte al mundo...

LORENA: La muerte es la vida, Noé.

UVIETA: Dígame Uvieta. Todo el mundo me dice Uvieta.

LORENA: La muerte es la vida, Noé.

UVIETA: Si usted lo dice... (*Se pone en pie. Cobra valor*) Está bien. Que se baje.

LORENA: Gracias, Uvieta.

UVIETA: No hay de qué, señora. Pero dígame una cosa: ¿por qué el agente de la DIC tampoco podía bajarse del mango?

LORENA: Muy sencillo: porque mi prima tiene imán... Adiós Uvieta. (*A Chico, que ha regresado*) Adiós., don Francisco, muchas gracias por todo.

CHICO: Adiós señora. Que no sea la última vez... Lamento de veras no haber podido oír lo que hablaron.

LORENA: Ya se lo contará su amigo Uvieta. (*Recoge sus bártulos y comienza a irse. Desde la puerta hace una seña a Uvieta que se acerque*). Vení acá. (*Uvieta acude. Sin que Chico los oiga*). Tal vez te sirva de algo saber que Cristina no te olvidará. (*Uvieta la abraza y le da un beso en la mejilla*) ¡A la puta! *Se va lentamente. Uvieta y Chico se quedan solos. Hay una larga pausa.*

UVIETA: Ya se debe haber bajado del palo la vieja. Cristina Sanabria no se murió... Y lo demás seguirá igual. *(No se sabe si escéptico o victorioso)* Me convenció el ángel. Y conste que yo estaba dispuesto a no dejarme convencer así no más, y a exigir un montón de cosas. Total que casi por quitármela de encima le dije que bueno y ya está. Ya pasó todo. Ahorita empieza a morirse la gente, y ahorita comienza la gente a llegar a la soda. *(Copia el ademán del ángel, y esto le permite entrar a Pedro Cubero, que viene desencajado).*

CHICO: ¿Qué te pasa, Pedro, te vienen persiguiendo los Oropéndolas?

CUBERO: ¿Vos cómo sabés? Bueno, sí, me venían persiguiendo porque me la tienen jurada. Y al pasar frente a tu casa, Uvieta, me tropecé con una viejilla que me pareció venía saliendo, y cuando le fui a pedir perdón, se había desaparecido la viejilla, y se habían desaparecido los Oropéndolas.

UVIETA: Se los llevó.

CHICO: Hambres atrasadas. Agarró lo primero que se le puso a mano. Te salvaste.

UVIETA: *(Poniéndose casi profético)* Ahora podés vivir tranquilo. Y ojalá que te regenerés. *(Tratando de buscar un lenguaje que parezca bíblico)* Vé a buscar a tu

*parezca bíblico)* Vé a buscar a tu padrastro, te vas a reconciliar con él y que vuelva la paz a tu casa. Es un mandato divino.

CUBERO: *(A Chico)* ¿Qué le pasa a este maje?

CHICO: Nada. Hacele caso. Yo sé por qué te lo digo. *(Pedro Cubero se encoge de hombros y se va. Es posible que busque a Chepe Mico).*

UVIETA: ¿Lo ves? Antes de que yo haga algo muy importante que tengo que hacer, y que no te puedo contar todavía, voy a arreglar este pueblo.. *(Llega Rosalinda).*

ROSALINDA: Buenos días, Chico, buenos días Uvieta...

CHICO: Hola, Rosalinda.

ROSALINDA: *(Con toda sencillez)* Aquí estoy.

CHICO: *(Sin saber de qué se trata)* ¿Sí? ¿Y qué?

ROSALINDA: Ustedes me llamaron.

UVIETA: ¿Nosotros?

ROSALINDA: Sí, una señora pasó por casa y me dijo que ustedes querían hablar conmigo.

UVIETA: ¿Una señora con una bolsa y una cartera, que habla muy raro?

ROSALINDA: Sí, esa misma.

CHICO: Ah bueno, ya sabemos quién es... ¿Pero cómo se le ocurrió a esa señora decir que nosotros te llamábamos?

UVIETA: Suave, Chico, suave. La cosa es

conmigo. Pero vos podés oír. Y tal vez hasta ayudar..

ROSALINDA: ¿De qué se trata?

UVIETA: Pues mire: se trata de que el mundo es muy lindo. Y de que usted es joven y feliz.

ROSALINDA: ¿Feliz, yo?

UVIETA: Bueno, todavía no, pero lo va a ser. Le puedo comunicar que don Rosendo va a empeorarse y se va a morir. Se lo dice el loco de Uvieta que trabaja en el hospital y algo sabe de medicina. Pero no me llamo Uvieta si no le cuento lo que me soñé anoche. Y fue que se me apareció un ángel y me dijo que le diera este recado: que le ayude a don Rosendo a bien morir, y sin ningún remordimiento. Porque la muerte de don Rosendo está decretada y es cosa natural. Que no se empeñe nadie en mantenerlo penando en una cama porque de todos modos será inútil. Don Rosendo se gana el cielo, pero con una condición.

ROSALINDA: ¿Cuál?

UVIETA: Que usted se case con el Profesor en cuanto pueda. Es un recado del ángel que se me apareció.

ROSALINDA: ¡Qué raro! Eso que me decís, Uvieta, es un disparate. Pero hay algo que siento por dentro que me aconseja creerte.

UVIETA: Fe.

CHICO: Acordate, Rosalinda, de que este pueblo está embrujado. ¿Querés que yo le hable al profesor?

ROSALINDA: No, yo misma voy a buscarlo.

CHICO: Pero si hace días que no se hablan...

ROSALINDA: No importa. Yo lo voy a buscar.

CHICO: ¿Todavía lo querés?

ROSALINDA: Sí, Chico. Mucho. Y gracias por todo.

UVIETA: Eso, Rosalinda. Y que te vaya bien.

CHICO: Rosalinda, la señora que te mandó para acá, ¿no sabés por dónde cogió?

ROSALINDA: Me preguntó de dónde salía el autobús para la capital...

UVIETA: Ya se va a echar a perder ahí.

CHICO: Tendré que ir a buscarla.

UVIETA: ¿Por qué?

CHICO: ¿Pues no ves que no deshizo el embrujo y nadie puede entrar aquí, sólo los que ella mande?

UVIETA: Yo creo que los que yo permita también, pero tenés razón.

CHICO: ¿Me cuidás esto mientras voy? Así acompaño a Rosalinda.

UVIETA: Está bien. Hasta luego, Rosalinda, y buena suerte, de veras. Toda la del mundo y todo el amor del mundo.

CHICO: Estás haciendo milagros...

UVIETA: Después del que hice, nada es nada. Pero además yo creo que el ángel (*a Rosalinda*) con el que me soñé me enseñó. Ahora me falta saber sí puedo

invocar a alguien.  
*(Salen Chico y Rosalinda. Antes de salir, Rosalinda, sin que se sepa por qué, le da un beso a Uvieta. Uvieta se queda solo, se sienta ante una mesa y hace gestos y visajes).*

UVIETA: Yo te invoco... yo te convoco... yo te ordeno presentarte aquí... *(Aparece José Luis).*

JOSE LUIS: ¿Quién me llama?

UVIETA: *(Se repone instantáneamente del susto)*  
Debo ser yo, mucho gusto de verte.  
¿Podríamos conversar un momento?

JOSE LUIS: Con mucho gusto.

UVIETA: Sentate aquí conmigo.

JOSE LUIS: *(Lo hace)* ¿De qué se trata?

UVIETA: Del asunto ese de Sanabria. Vos tenés preso al Jupas Badilla hace quince días acusándolo de ser el asesino.

JOSE LUIS: Sospechas nada más. Y ahorita me pega el habeas corpus y habrá que soltarlo. Pero lo tengo detenido además por el asunto de José Ruiz...

UVIETA: ... Mico

JOSE LUIS: Pero eso de don José Ruiz Mico está medio raro...

UVIETA: Claro que está rarísimo; y mejor olvídate. Porque aunque el Jupas le hubiera disparado, el homicidio era imposible porque la muerte se había ausentado de San Luis.

JOSE LUIS: ¿Vos crees?

UVIETA: Lo juro. En cuanto a lo de Sanabria...  
JOSE LUIS: ¿Qué pasa con lo de Sanabria?

UVIETA: Que el Jupas no tuvo nada que ver. También te lo juro.

JOSE LUIS: ¿Y cómo te atreves a jurarlo, vos cómo lo sabes? ¿O es que hoy te ha dado por jurarlo todo?

UVIETA: *(Armándose de valor)* Poneme atención. Vos sabés que yo estaba metido de puertas adentro en esa casa... que arreglaba el jardín... que le maneja a veces el carro al señor...

JOSE LUIS: *(Sin poderse contener)* ...que estabas enamorado de la señora...

UVIETA: Nunca lo he ocultado... Pero tenía derecho a enamorarme, ¿o no? A veces creen que uno no tiene derecho... y se ríen, yo no sé... se sonríen también... La señora me lo notó con toda seguridad, porque se sonrió... Quiero decir: se sonreía... Vos no conocés esa sonrisa... Es una sonrisa que... bueno, nada importa, se sonreía... *(Hace una pausa. Espera algún comentario de José Luis).*

JOSE LUIS: Bueno, ¿y qué?

UVIETA: Yo no sé. De pronto una mañana... una mañana de esas...

JOSE LUIS: Yo sé de cuáles. De las de papelotes...

UVIETA: Ella se sonrió para donde yo estaba. Y yo me sonreí... Nos sonreímos al mismo tiempo. *(Hace una pausa. Busca con mucho cuidado las palabras, pero*

*ha perdido su facundia habitual*) Una sonrisa es... Dos sonrisas son... Bueno, dos sonrisas ¿me entendés? que se cruzaron en el aire... en el aire del jardín... Yo entendí. Nadie me había sonreído nunca en esa forma. Nunca. Ninguna mujer me había sonreído jamás como las mujeres... les sonríen a los hombres...

JOSE LUIS: Bueno, bueno, pero vamos al grano.  
UVIETA: Tené paciencia. Contar, confesar esto es muy difícil... Lo que quiero decirte es que... Bueno, eso, que nunca nadie me había sonreído así, y que yo adiviné lo que esa sonrisa significaba.

JOSE LUIS: *(En hombre de mundo)* Bueno, cualquier hombre lo adivina.

UVIETA: ¿Sí? Creí que sólo yo... Y entonces nos quedábamos viendo. Uno al otro, uno al otro. Yo muerto de miedo. No sabía qué hacer, qué decir, para dónde coger. Pero ella se me quedaba viendo. Y yo me le quedaba viendo... Así, cada mañana, cada tarde, parecía que nos íbamos acercando. Que cada uno daba un paso hacia donde estaba el otro... Yo adivinaba los pasos que daba Cristina, y la veía cada vez más cerca. *(Se detiene)*

JOSE LUIS: ¿Y qué?

UVIETA: Eso, que poco a poco se fue creando algo... algo entre ella y yo... No me

ofendo si decís que es increíble o que es inexplicable. Ya un ángel, nada menos que un ángel se rió del asunto... Pero idiay, así es como pasan las cosas en este mundo.

JOSE LUIS: Upa, amigo, felicidades... Pero la verdad es que no es muy de creértelo.

UVIETA: Yo sé, yo sé, yo sé. Con decir que a veces yo mismo no lo creo. Pero pasó. Eso sí. Pasó.

JOSE LUIS: Y Sanabria, por supuesto, se enteró.

UVIETA: No, no fue eso. La celaba mucho, cierto, pero con otros. Conmigo no. ¿Cómo se le iba a ocurrir, cómo se iba a imaginar?

JOSE LUIS: Bueno, ¿pero qué fue lo que pasó entonces la noche del crimen?

UVIETA: Yo venía con el señor Sanabria de San José. De una fiesta. En esos casos siempre me contrataba para que le manejara. Venía muy pasado de tragos... como acostumbraba... Se metió a la casa violentamente y dando gritos... como siempre. Y yo ni tiempo había tenido de acomodar el carro en el garaje, cuando oí cómo la insultaba...

JOSE LUIS: ¿Qué le decía?

UVIETA: Cosas... groserías... maltratos... porque era un hombre muy empedernido. Y después la que gritó fue ella...

JOSE LUIS: ¿Qué decía?

UVIETA: No, ella no decía nada. Gritaba, como

pidiendo auxilio... Y yo me asomé por una ventana de atrás, y lo vi, que le estaba pegando, y ella quería escapársele y no podía, porque él la tenía agarrada, y le daba por la cara... y yo sabía que ese hombre tenía un revólver guardado en una gaveta del escritorio... y que se estaba acercando al escritorio... *(Hace silencio, como para coger nuevos ánimos)*.

JOSE LUIS:

Bueno, ¿qué hiciste?

UVIETA:

Me acordé de que en el carro había otra pistola, decidí amenazarlo, defender a Cristina, yo no sé qué... pero matarlo no, eso no se me pasó por la mente... Es que yo no podía ver que estuvieran maltratando a una mujer... a una mujer *(se ilumina)* que me amaba.

JOSE LUIS:

¿Y entonces?

UVIETA:

Bueno, entré, con la pistola en la mano, que ni sé manejarla. Y cuando llegué a la puerta de la sala, y antes de que yo pudiera decir nada, Sanabria disparó. Y vi a Cristina bañada en sangre y...

JOSE LUIS:

¿Qué pasó?

UVIETA:

Yo qué voy a saber... La pistola se me disparó sola, tal vez... O tal vez yo la disparé, con ganas de matarlo, con ganas de que desapareciera. Pero no, yo, intención de disparar no tenía. Sólo de defender... Pero a veces uno

I

piensa, he pensado en estos días... que de pronto un hombre tranquilo y manso puede, ¿cómo te dijera?, enderezarse, sí, enderezarse y matar. Ahora comprendo que hay un momento en que el hombre, cualquier hombre, *(muy bajo, casi un susurro)* mata.

JOSE LUIS:

*(Casi burlón)* ¿Por amor?

UVIETA:

*(Lento, separando cada sílaba)* Yo qué sé.

JOSE LUIS:

¿Y el arma?

UVIETA:

La tiré al río. Salí corriendo, antes de que la gente llegara al ruido de los disparos, y la tiré al río. No era cosa de que me agarraran. ¿Vos crees que soy tonto? Si ahora he hecho esta confesión ante la autoridad competente, fue porque recibí un mandato divino que no podía desobedecer, ¿me entendés? *(Pausa)* Ahora sí, poné al Jupas en libertad.

JOSE LUIS:

*(Con mucha calma y prosopopeya)* El Jupas sigue preso, y vos andate a tu casa.

UVIETA:

*(Sorprendido)* ¿Qué? ¿Es que no me crees?

JOSE LUIS:

Claro que te creo. Te lo creo todo. Estoy convencido de que sos un asesino peligrosísimo... Pero la justicia, por mi medio, te dice que te vayás para tu casa. Nada puedo hacer. Yo también he recibido un mandato divino de que

te deje en libertad, sobreseído, absuelto, indultado y perdonado. Además, te felicito doblemente: por el perdón y por aquello que me contaste. Y me voy, que tengo que hacer. *(Se levanta)*

UVIETA: *(Dirigiéndose no se sabe a quién)* Conste que cumplí.

JOSE LUIS: *(Al salir se cruza con Chico Artavia, que regresa)* Hay algunos que sólo para que la gente crea que de veras se echaron una mujer al pico, son capaces de exponerse a quince años de cárcel. *(Se va)*

CHICO: *(A Uvieta)* ¿Qué hablaste con ese idiota, que va diciendo disparates?

UVIETA: *(Lleno de nueva dignidad)* Nada que a vos te importe, Chico.

CHICO: A mí me importa todo. Me importás vos, Uvieta.

UVIETA: *(Dirigiéndose al mostrador)* Pues esto no. Y por fin ha sucedido algo en San Luis sin que vos te enterés... Pero no me has contado: ¿cómo te fue con el ángel?

CHICO: Ah, la agarré en la parada de buses. Dice que hagás vos el mismo ademán que ella hizo, y que la puerta del negocio se descongela.

UVIETA: Ah bueno. *(Va a la puerta y repite el ademán que hacía Lorena)*. Yo creo que ya está arreglado. Y ahora, dame lo de siempre: cigarros y fósforos.

CHICO: *(Volviendo al mostrador)* ¿No te da pena andarle con secretos a un amigo?

UVIETA: Tengo que llegar al hospital... A lo mejor hay enfermos graves... Hasta se puede morir alguno.

CHICO: *(Entregándole los cigarros y los fósforos)* Claro, y el primero que se muera va a tener que morirse delante de vos. Va a ser algo así como una inauguración.

UVIETA: ¿Una inauguración? *(Enciende un cigarrillo con dos fósforos consecutivos y se queda pensándolo brevemente)* ¿Una inauguración? Idiay, uno qué sabe. Acordate de lo que dijo el ángel, que la muerte es la vida, y ahora lo digo yo, Noé Redondo y no me volváis a llamar Uvieta.

*(Y lentamente, solemnemente, convencido de su propia importancia, Uvieta sale de Chico's Bar con rumbo al hospital, de cuyo funcionamiento ahora sólo él tiene la culpa).*

TELON

Setiembre 1978  
Abril 1979.

Desde su estreno en 1980,  
la comedia *Uvieta*  
ha sido una favorita  
del público; son numerosas  
las escenificaciones  
que se han hecho de ella,  
tanto profesionales  
como de aficionados,  
lo mismo en Costa Rica  
que en otros países,  
como El Salvador,  
donde tuvo mucho éxito.

La vieja historia del hombre  
que subió a la muerte en un árbol  
ha sido transformada en esta obra  
en una parábola moderna,  
llena de intención, humorismo y poesía,  
donde -como ha ocurrido  
en otras obras del mismo autor,  
como *El luto robado*- la muerte  
es un juego.